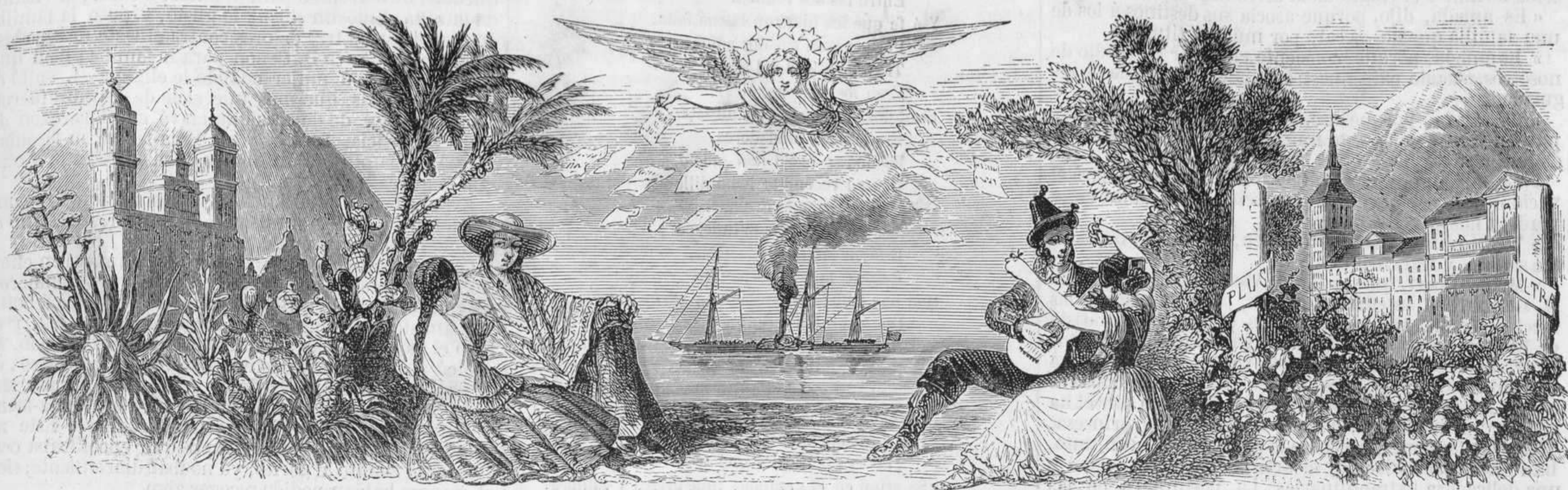


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 12. — N° 34.

SUMARIO.

S. A. R. María Enriqueta, futura duquesa de Brabante; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Modesto de Lafuente. — Historia de la semana. — El álbum de la Emperatriz de los franceses. — Rápida ojeada sobre Constantino; grabados. — Las tres naranjas y algunas gotas de agua. — El álbum de la Moldo-Valaquia; grabados. — La hija de Rapaccini. — Napoleón en la escuela militar de Brienne. — Una visita a Santa Marta de Tarascon, pasando por el prado de Beaucaire; grabados. — Recuerdos de la California; grabados. — El ruiseñor del Harem. — Revista de la moda. — Cantos populares de la Suecia. — Las obras del Louvre; grabado.

S. A. R. María Enriqueta, futura duquesa de Brabante.



Nos escriben de Bruselas :

« Grandes fiestas se preparan en Bélgica para la boda del señor duque de Brabante con la archiduquesa María-Enriqueta-Ana de Austria, que debe celebrarse el 22 de agosto. Se espera para el día 20 a la archiduquesa, que cumplirá pronto diez y siete años.

» El duque de Brabante es natural de Bélgica, y pertenece a la religion católica. Despues del nacimiento de Carlos Quinto en 1500, él es el único heredero de estos dominios, tanto tiempo disputados por la casa de Borgña, que haya nacido y crecido en el suelo de Bélgica, cuya política independiente está llamado a continuar por su carácter y educacion tanto co-

mo por sus derechos.

» La archiduquesa María-Enriqueta-Ana nació el 23 de agosto de 1836. Es hija del difunto archiduque José, palatino de Hungría, y de María-Dorotea, de modo que es prima del emperador de Austria, y de la reina de los Países-Bajos.

» En cuanto á sus dotes físicas, podemos asegurar que la archiduquesa María-Enriqueta (así como se revela por el magnífico retrato que de ella ha hecho M. Schubert) es una de las primeras bellezas de la corte de Viena. Sus ojos negros respiran una dulzura extraordinaria, sus cabellos castaños presentan una pureza original; su fisonomía amable y elegante corresponden á su fina sonrisa y á su frente llena de inteligencia. Toda su persona, enfin, ofrece un encanto que hace nacer instantáneamente la simpatía.

» Pero las cualidades del alma de la archiduquesa egun todos los informes, corresponden á sus gracias naturales. Siempre se ha distinguido por su solicitud en socorrer á los pobres que sufren, y por la afabilidad con que ha tratado á sus inferiores. Es, en toda la extension de la palabra, una naturaleza buena y hermosa á la vez.

» La educacion de la archiduquesa es completa. Habla el francés y el inglés tan bien como su lengua propia, explicándose además con facilidad en húngaro, en italiano y en español. Conoce tam-

bien admirablemente la música, y pinta con primor las frutas y las flores. Por último, la joven princesa monta á caballo con una habilidad é intrepidez sorprendentes.

» M. Delfosse, presidente de la cámara popular, en un discurso dirigido últimamente al rey, ha hecho en estos términos el elogio de la archiduquesa :

« Es amada, dijo, porque asocia sus destinos á los de una familia que nos es cara por muchos títulos.

» Es amada, porque consiente en venir en medio de nosotros, siendo para nuestro país una garantía de seguridad.

» Es amada, porque asegura, tanto como una cosa puede asegurarse en este mundo, el bien y perpetuidad de la dinastía.

» Es amada, enfin, porque esperamos que llenará el vacío dejado por nuestra buena reina María-Luisa, cuya pérdida nos llenó de dolor.

» Pronto ella nos amará también, persuadida de nuestro sincero y leal cariño. »

» M. Schubert, que ha ido á Viena, en compañía de M. Geruzet, su inteligente editor, para reproducir las facciones de la archiduquesa, es el primer retratista de Bélgica. Este artista está considerado como un pintor sin rival en su género; pero esta vez M. Schubert se ha excedido á sí mismo, pues aunque ha hecho muchos retratos que han causado admiración, jamás su pincel ha estado tan inspirado como en el de la joven princesa. Todas las facciones, así como la expresión del conjunto, han sido trasladadas por el artista con una felicidad y una delicadeza extraordinarias. La postura es de las más graciosas, y el parecido completo.

» P. C. »

Poetas españoles contemporáneos.

D. MODESTO DE LAFUENTE.

Antes de explanar mi opinión, respecto á las dotes literarias de D. Modesto de Lafuente, quiero copiar uno de los artículos de costumbres de este distinguido escritor, ménos profundo tal vez, pero no ménos festivo y observador que el célebre Larra. Mis lectores no llevarán á mal, ántes al contrario agradecerán que yo inserte aquí esta bellísima producción del popular Fray Gerundio.

UN PAR DE APUNTES.

Antiguos compinches eran,
Amigos desde la infancia,
Don Nazario Torvo-rostro
Y don Cenon Severo Mala-facha.
Mil bromas corrieron juntos
Y cual buenos camaradas
En los azares del uno
Nunca el otro dejó de tomar cartas.
Y aunque no eran militares,
Ni eran sus lances batallas,
No se cuenta ni uno solo
En que no se cruzasen las espadas.
Y no eran pocas por cierto
Las que siempre en medio andaban,
Cartas lo ménos cuarenta,
Treinta y una lo ménos las espadas.
Que á estas cartas y no á epístolas,
Los dos héroes de mi fábula,
Y á espadas y no á las bélicas
Mostraron siempre la afición mas bárbara.
Su carrera eran los naipes,
Su biblioteca barajas,
Sus cátedras los garitos,
Y sus bancos de cambio eran las bancas.
Y no hay que pensar que fuesen
Hombres de baja prosapia,
Torvo-rostro, hidalgo rico,
Y heredó pingües bienes Mala-facha.
Herederó de dos montes
Don Nazario por su casa,
En un monte los dos montes
Se fueron sin quedarle ni una rama.
A don Cenon le dejó
Sin viñas un tres de espadas,
Un olivar el as de oros
Y el dos de copas le costó dos casas.
Así quedaron escuetos
Mis dos padres de la patria,
Que si no eran, no, diputados...
Mas eran padres de familias largas.
Por cierto que era muy linda
La esposa de Mala-facha,
Porque siempre al mas ruin puereco
La bellota mejor se le depara.
Era la de Torvo-rostro
De un genio como una malva,
Dulce cuanto era la otra
Resuelta y varonil, de rompe y rasga.
Reconvenia la una

Con prudencia y con templanza,
Con fortaleza la otra
Si bien no sin justicia la cuidada.
Así las cuatro virtudes,
Que cardinales se llaman,
Entre las dos reunian
Y á fe que les hicieran buena falta.
Porque eran sus dos adjuntos
Tres enemigos del alma,
Eran los siete pecados,
Eran dos jugadores y esto basta.
Eran socios fundadores
De una sociedad *non sancta*,
Que en recóndita bohardilla
Celebra sus sesiones ordinarias.
Nos enseñan que el infierno
Está en las regiones bajas,
Respeto la fe, mas pienso
Que hay infiernos también en partes altas.
Que si en los infiernos bajos
Maldicen á Dios las almas,
En los altos no se estila
Quedar sin maldición santo ni santa.
Sobre si á la sota en puerta
Le atisbó alguno la pata,
¡Poder de Dios, y qué cisco
¡Se armó en el gazapon! ¡qué gresca y zambra!
Echase á rodar la mesa,
El candelero se apaga,
Y ya no juegan los naipes
Que juegan sillas, puños y navajas.
Y dichoso el que en su cuerpo
No saca alguna mojada,
O un cardenal en un brazo,
O bien un par de chirlos en la cara.
A esta cátedra asistian
Torvo-rostro y Mala-facha,
Que no eran apuntes flojos,
Sino de los de suertes temerarias.
Mas con suerte tan inicua
Que si izquierdas apuntaban,
Derechas se daban todas,
Si apuntaban mayor, menor se daba.
Si jugaban á judías,
Convertíanse en cristianas,
Si acertaban un elijan
Un entrés ó un albur los expoliaban.
Así andaban de lucidos
Siempre los dos camaradas,
Sin una amarilla siempre,
Como siempre también sin una blanca.

Al llegar aquí acaeció una cosa muy rara y muy singular, y fué que todo lo referido hasta la presente sucedió en verso; mas lo que aconteció despues se verificó en prosa; cuya extraña novedad la atribuyen los críticos al poco tiempo que tuvo el historiador para hacer la relación de los sucesos.

Acaeció, pues, por aquel entónces, que en casa de doña Clarita Alegre, que así se llamaba la esposa de Torvo-rostro, todos los días se representaba la ópera de la *Gazza-Ladra*, no porque trabajase en ella ninguna compañía lírica, sino porque andaba una *Urraca ladrona* que le iba escondiendo los cubiertos de plata con la mayor destreza del mundo. Esta *Urraca* no era pájara sino pájaro; era su marido que no le dejaba cubierto á vida para malvenderlos y jugarlos en el gazapon.

Al propio tiempo, en la de doña Prudencia, que este era el nombre de la mujer de Mala-facha, tenía lugar una emigración horrorosa. Iba á decir que aquello presentaba un cuadro digno de lástima, pero realmente la casa de doña Prudencia no presentaba ningun cuadro, porque los cuadros eran los que emigraban todos de las paredes. La casa parecía un convento suprimido, y su marido un comisionado de Amortización. Mas santos huyeron de aquella casa, que huyeron de Roma en las persecuciones de Diocleciano y Maximiano. En fin, llegó el caso de desaparecer también la señora y los hijos; es decir, la señora y los hijos no desaparecieron, lo que desapareció fué el cuadro de los retratos de toda la familia. Excusado creo expresar donde fué á parar todo.

Y suponiendo que todos Vds. se han trasladado con su imaginación al garito como yo... ¿ven Vds. esa *Cena Domini* que había costado á doña Prudencia seis onzas de oro, sin contar el marco? Pues ahí tienen Vds. ese hermoso cuadro de la *Cena* con que apunta Mala-facha por un doblon á un siete de copas, que salió en el gallo. Ganó el gallo el banquero, y se comió el gallo la *cena*. — Entrés. — Esta es la nuestra, dicen los dos héroes. — Apunta Torvo-rostro un par de cubiertos, un vestido de alepin de lana, dos abanicos, una blonda y unas pulseras. Y pone Mala-facha una santa Rita, un *Ecce-homo* y un san Juan Bautista. Y guistándole cada vez mas la carta, « cargo, » dice ántes que vuelva la baraja el banquero. « Ahí van las once mil vírgenes. »

Tasáronse en el acto en media onza, que no sale á ochavo la vírgen: vean Vds. á que precio andan las vírgenes entre jugadores. — Una al cinco... dos al rey... no pudo ir; es decir, no pudo ir para los apuntes, pero sí pudo ir para el banquero, que quedó habilitado para vestir á su mujer y poner su casa á cuenta de aquel

rey, que para mis dos satélites fué el rey que rabió, ó por mejor decir, los que rabiaron fueron ellos contra el rey, pero al rey poco cuidado le daba, porque la persona del rey era sagrada é inviolable, y no estaba sujeta á responsabilidad.

Torvo-rostro se quedó limpio: á Mala-facha aun le quedaba otro recurso para apuntar, á saber, el cuadro de familia. Vino un *elijan*; le gustó, y puso la familia en diez duros al tres de oros contra el siete de espadas. Mala elección tuvo D. Cenon para la familia; bien que peor fué la de su mujer cuando le eligió á él. Salió el siete de espadas, que mas que siete de espadas fueron siete cuchillos de dolores que clavó en el corazón de doña Prudencia. Perdió, pues, Mala-facha, su familia; perdió dos familias á un tiempo, una en retrato, y otra que le quedaba en casa.

Expoliados ya enteramente y no teniendo que jugar, quisieron jugarse á sí mismos, pero no los admitió el banquero por mala moneda.

Con el escarmiento de aquella noche mudaron enteramente de conducta los dos amigos: emprendieron un nuevo modo de vivir; Torvo-rostro se dedicó á cultivar amistades, renovó sus antiguas relaciones, y se hizo el hombre mas atento y cumplido del mundo. Se dedicó á admitir empréstitos á estilo de ministro, es decir, pedia prestado á todos, y á ninguno pagaba. Mala-facha adoptó otro modo de conducirse: Mala-facha no importunaba á nadie, era mas caballero. Este no pedia; tomaba sin pedir siempre que encontraba ocasión. Y en cuanto al garito, ya no iban diariamente, sino el día que habian podido recoger algo.

Así continuaron en lo sucesivo mis dos apuntes con la misma vida devota y arreglada, segun refiere el historiador de quien he tomado estas memorias. ¡La última página de la historia de cada uno no se ha podido leer, porque la de Torvo-rostro está escrita en el canal, y la de Mala-facha en el estanque del Retiro, que son los dos paraderos de los románticos poetas y de los jugadores prosaicos! — Fr. Gerundio.

Este artículo es uno de los mas incorrectos del señor Lafuente; tiene bastantes defectos gramaticales, cosa singular en quien tan profundamente conoce la lengua castellana; pero ¿qué importan estas pequeñas faltas al lado de tantas bellezas? Apartemos la vista de tal cual giro impropio, de tal cual frase defectuosa, y fijémosla en esa facilidad de narración, en esa sencillez de estilo, en ese encadenamiento de ideas tan natural y lógicamente presentadas, en esa observación de las costumbres, en esa riqueza de detalles, en esa lección moral y, sobre todo, en esa sal epigramática que rebosa en todo el artículo. Cuando un autor tiene el poder de embelesar con tan admirable conjunto de circunstancias, acreedor es á que se miren con indulgencia sus descuidos. A los que no se puede conceder este indulto es á los que, como Rubi, siempre se expresan mal, para no decir nada bueno, ó para no decir absolutamente nada.

En este artículo ha manifestado el señor Lafuente, que no es solamente un periodista satírico, sino también un excelente pintor de costumbres, contra la opinión de muchos hombres sistemáticos, que solo le han creído capaz de ridiculizar á los ministros, y de muchos pedantes que le han negado hasta el talento de periodista satírico, en que ha sido una asombrosa especialidad. Voy, pues, á vindicar al señor Lafuente de los ataques que le han dirigido, no diré la injusticia y la envidia, sino la pedantería y la ignorancia.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Adela N... era una pobre huérfana cuando se casó á diez y siete años con un hombre de crecida fortuna y de bastantes años. Este señor amó á su mujer con frenesí, y por consiguiente vivió en su domicilio conyugal atormentado de la pícaro enfermedad de los celos. Para un celoso, la muerte es doblemente triste que para los demás hombres, pues la idea de que la viuda le olvidará bien luego en otro matrimonio, debe ser mas amarga que la agonía y todos sus dolores.

Obtener de la mujer el juramento de que no volverá á casarse, es cosa fácil para un esposo á quien no se niega nada que pueda dulcificar sus últimos momentos; pero la dificultad está en que la esposa se acuerde despues de esta promesa.

El marido de Adela buscó una garantía mas sólida que el simple juramento, y creyó haberla hallado, disponiendo en su testamento, que su viuda disfrutaria de la renta de toda su fortuna, hasta el día en que se muriera ó en que contrajera segundas nupcias, en cuyo caso el capital y renta pasarían á sus mas próximos parientes.

De este modo Adela, al quedarse viuda, entró en posesión de veinte mil duros de renta, pero el revés de la medalla era que se veía obligada á comerse esa renta ella sola.

Los parientes mas próximos del difunto, aquellos que debían entrar en posesión de la pingüe herencia el día en que la viuda muriera ó se casara, eran el conde y la condesa de V... y su primo Anatolio, que ocupaba un puesto distinguido en la diplomacia.

Dos millones, nada ménos, tenían estos señores suspendidos sobre sus cabezas, que les ofrecían el suplicio de Tántalo. Esperar á la muerte de la viuda para hacerse con ese dinero, no podía ser, pues segun todas las probabilidades, ellos que contaban el que ménos cuarenta años, debían morir ántes que Adela, que apenas tenía veinte, y que gozaba de una salud y de una organización envidiables.

Las únicas esperanzas del conde, de la condesa y del primo estaban, pues, en que la viuda se casara.

En efecto, una mujer á los veinte años es imposible que se condene á una viudez eterna, sobre todo cuando es hermosa, amable y sensible, lo que debe indudablemente proporcionarle una buena turba de aspirantes á su blanca mano. Debemos decir también que Adela se hallaba dotada de una virtud á toda prueba, de modo que nunca había podido consentir en usar de su libertad de viuda de un modo que chocara con sus buenos principios; en esto y en la sensibilidad de Adela fundaban los parientes las susodichas esperanzas.

Fijos en esta idea, se dedicaron con todo ahinco á la realización de este segundo matrimonio, objeto de todos sus deseos. El año de luto se respetó, porque siempre es bueno un poco de decoro; pero pasado ese tiempo, el conde y la condesa se llevaron á Adela á su casa de campo, donde estaba tramada la conspiración matrimonial.

En efecto, en cuanto la viuda se halló instalada en la magnífica posesión campestre de los condes, empezó á venir la alegre muchedumbre de los convidados, todos ellos hábilmente elegidos para entrar en campaña, pues todos ellos eran jóvenes, graciosos y elegantes, y no podían ménos de hacer la corte á la hermosura de los veinte mil duros.

En esta primera parte el plan no era descabellado; los convidados se disputaron á porfía el honor de consolar á la viuda, y notando desde luego que luchaban con una fortaleza inexpugnable, los que mas fuerte mordieron en el anzuelo, se decidieron á llegar hasta el matrimonio. Pero aquí empezaron los apuros, pues uno á uno, cuando estuvieron al cabo de lo que pasaba, hubieron de retirarse mas que á paso. Para los corazones bien nacidos, el amor es asunto de plata.

Sin embargo, no fué completa la derrota; dos pretendientes se mostraron generosos; pero eran dos poetas que desgraciadamente no habían sabido interesar el corazón de la viuda, que había permanecido indiferente á los obsequios de todos los aspirantes.

El verano se concluyó sin otros incidentes, mas no por eso el conde y la condesa se desanimaron; y ¡oh felicidad! á los dos meses de estar en París vieron con alegría que un joven que hacia la corte á la hermosa viuda parecia ser correspondido.

— Ya cayó en el lazo, decía el conde.

— No podía ménos de ser así, respondía la condesa, y ahora su virtud nos responde del desenlace.

No se engañaban. Una mañana Adela se presentó, y les dijo:

— Si me caso, estoy arruinada, y si no me caso, Vds. no tendrán un maravedí de la herencia de mi difunto: ¿quieren Vds. que hagamos un arreglo bueno para todos?

— Veamos.

— Yo les doy á Vds. la mitad de mi fortuna, y Vds. me dejan á mi la otra mitad, con la libertad de casarme.

— Imposible, respondió el conde. Yo debo respetar la última voluntad de mi difunto primo. Su herencia me importa poco, y preferiría que conservara Vd. su nombre cumpliendo con su último deseo.

— Además que si no se casa Vd., querida mia, añadió la condesa, estaremos siempre juntos como hasta aquí, lo cual me colma de alegría.

Adela insistió, pero en vano. La hipócrita avaricia de aquellas gentes la llenaba de ira, porque había comprendido muy bien los cálculos secretos que dirigian su infame conducta.

— Saben que amo, se decía, y cuentan con el ardor de mi pasión, y con el desinterés del hombre que quiere ser mi esposo.

Por desgracia, el enamorado era un joven que no poseía otra riqueza que la de la juventud y el talento.

— El matrimonio te dejará sin un cuarto, Adela mia, exclamaba este entusiasta joven, pero no le hace renuncia á todo, yo sabré enriquecerte con mi trabajo.

Pero Adela no podía conformarse con esto: ¿no sería una locura abandonar una fortuna como la suya? Además, no quería que su marido se ocupase en trabajar, sino en amarla, y por otra parte le era imposible romper con sus costumbres, con aquella existencia de lujo que llevaba.

— Olvídame, le decía.

— Nunca.

— Mira, hagamos una cosa; véte lejos de mí, y cuando hayas viajado algunos meses, verémos.

En efecto, el joven se marchó, y Adela se fué á sus buenos parientes, y les dijo:

— Todo se acabó ya; he renunciado á ese capricho de matrimonio, que bien mirado, era una locura. Mi pretendiente se ha ido fuera de sí, y yo me he quedado tan fresca como ántes. ¿Si seré una coqueta sin saberlo?

El conde y la condesa apenas pudieron disimular su desagrado; pero se consolaron pensando que el capricho no tardaría en volver á presentarse.

En esto vino otro verano, y con él las precauciones del precedente; tres maridos futuros se hallaban en emboscada en la residencia campestre de los condes: el primero un marqués ilustre que debía lisonjear el orgullo de la joven, á pesar de sus años; el segundo un joven elegante que había aparecido en los salones á fines del invierno, y el último, Anatolio, aquel primo diplomático que había tenido la idea de entrar en la lid con todo el aplomo y serenidad que da la diplomacia. Es verdad también que como era uno de los parientes que debía participar de la fortuna de la viuda en cuanto se casara, contaba con esta circunstancia para seducir á la joven, que de este modo no perdería en el matrimonio mas que la mitad de sus bienes. El conde y la condesa pensaban favorecer estos planes, mas como no estaban seguros de su buen resultado, porque los cuarenta años de Anatolio podían ser un obstáculo grave, por eso introdujeron en la arena otros dos adalides.

Los tres rivales esperaban, pues, la llegada de la joven hacia un mes, y Adela no se presentaba. ¿Qué hacia pues? Las inquietudes y las zozobras eran muchas, y hubieron de aumentarse doblemente cuando el marqués recibió una carta de uno de sus amigos en que le decía que tuviera cuidado, pues la her-

mosa viuda andaba viajando en Italia acompañada de un joven pintor de nombradía.

— ¡Eso es una calumnia! exclamó el conde cuando le comunicaron esta carta.

— ¡Calla! pues aquí tenemos noticias tuyas, dijo el diplomático con aire de triunfo.

— ¿En dónde?

— En este periódico, donde dicen que en las últimas carreras de caballos, la viudita se hizo notable por tres cosas, á saber: por su traje caprichoso y fantástico, por su gracia en montar á caballo, y por su atrevimiento en sostener apuestas considerables.

— ¡Otra calumnia! exclamó la condesa; ni la carta ni el periódico saben lo que se dicen. Adela no puede estar á un tiempo en Italia y en las carreras de caballos.... y justamente aquí está para desmentir tales tonterías.

Una silla de posta entraba estrepitosamente en el patio de la casa; todo el mundo salió al peristilo; en efecto, era Adela.

La viuda traía un traje casi masculino; chaquetilla de terciopelo, chaleco blanco y corbata negra; estaba medio tendida en el carruaje, con los pies en el asiento delantero, y venía fumando un magnífico cigarro.

— ¡Aquí estoy, aquí estoy! exclamó saltando con presteza del coche, y distribuyendo fuertes apretones de manos á todos los presentes. Mas vale tarde que nunca, ¿no es cierto? Vengo de Italia, ¡qué bonito país! y luego me he detenido en París algunos días para ver las carreras de caballos, que me han costado caras, he perdido muchísimo dinero.

Toda aquella gente estaba atónita de asombro. Aquella Adela tan modesta, tan reservada que habían conocido, hablaba á gritos de cosas muy ligeras, venía vestida de hombre y fumaba.

— Mañana, llegarán mis carruajes, continuó en el mismo tono que había empezado, y mis criados; yo he querido adelantarme en este tilbury persa; pero ahora lo que interesa es la comida, pues me muero de hambre.

En la mesa Adela declaró que bebía mucho vino, y si no lo hizo así, en cambio habló como una descosida y de las cosas mas extravagantes. Concluida la comida, ofreció un cigarro á los hombres, y propuso jugar á las cartas.

— ¿Con qué se ha vuelto Vd. jugadora? la preguntó el marqués.

— Si por cierto, adoro las cartas, y sin motivo, porque nunca gano.

La condesa la tomó aparte, y la dijo:

— Querida mia, observe Vd. el mal efecto que producen sus palabras; ha de saber Vd. que aquí hay caballeros que aspiran á su mano.

— ¡Casarme! ¡qué locura! Ahora conozco lo bueno que es estar libre; un príncipe que viniera, le enviaria á paseo.

El marqués y el joven elegante, que sirvió de blanco á las burlas de la viuda, se marcharon á los dos días. Anatolio, aunque estaba ya decidido á tocar también retirada, quiso probar, y para ello empezó por hacer algunas alusiones al pintor que había acompañado á la joven en su viaje á Italia.

— ¡Silencio! contestó Adela; no hable Vd. de eso; ¡si Federico lo supiera!

— ¿Es otro pretendiente?

— No faltaba mas; ahora pienso yo en eso.

La condesa se informó quien era este Federico, y supo que vivía en una casa de campo de allí cerca.

Consternados con todo lo que estaban viendo y oyendo, el conde y la condesa habían concluido por perder toda su confianza.

— ¡Se nos escapa! decían para sí; ha tomado un camino fatal en su viudez, y ahora ya no se casará nunca.

— Hicimos mal en no aceptar sus proposiciones.

La condesa quiso amonestar un poco á la joven, pero fué muy mal recibida.

— Déjeme Vd. vivir en paz, decía Adela; yo soy dueña absoluta de mis acciones. Mientras no haga daño á nadie, lo demás solo á mí me toca.

— ¡Está perdida! se dijo la condesa.

Al otro día por la mañana, entró el diplomático en el gabinete del conde, en el colmo del asombro.

— Hoy al amanecer, exclamó, pasé por debajo de las ventanas del aposento que ocupa Adela, vi que se abría el balcón de su cuarto, y al mismo tiempo un hombre se me cayó encima. «Caballero, me dijo este hombre, silencio; si este secreto se descubre, nos batiremos á muerte.»

— Pero no hay remedio, tienes que batirte, dijo la condesa, para que ese hombre se case con Adela.

— Es imposible, está casado, es el vecino, Federico, un tunante que tiene una mujer encantadora.

Tal fué el desaliento en que cayeron los herederos, que llamaron á la viuda, y la dijeron que estaban prontos á aceptar sus antiguas proposiciones. Pero esta vez fué Adela la que no quiso; entonces la dijeron que les diese solo la cuarta parte, y la viuda concluyó por consentir en ello, despues de muchos ruegos.

Apenas se había firmado el contrato por el cual la renta de Adela quedaba reducida á quince mil duros, cuando aquel joven enamorado que dió pruebas de tanto desinterés se presentó en la casa.

— Perdóname mi impaciencia, Adela; no debía venir hasta mañana....

— Y si vienes una hora ántes, todo estaba perdido; pero ya han firmado, todo salió á medida de nuestros deseos.

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó la condesa.

— Esto quiere decir que nunca he dejado de amar al hombre que está aquí, con quien voy á casarme.

— Si, pero ignora los cambios que ha habido desde entonces.

— No ignora nada; Vds. son los que deben saber que á mí no me gustan los juegos ni los vinos; que el cigarro me hace mucho mal, y que si he viajado por Italia, no ha sido con un pintor, sino con mi futura madre política.

— ¿Y el caballero que me cayó encima hoy á las cuatro de la mañana?

— Es el hermano de mi futuro esposo, cuya mujer estaba conmigo en mi cuarto cuando dimos el chasco.

— ¡Nos ha engañado á todos! dijeron en coro el conde, la condesa y el diplomático.

El matrimonio de los dos amantes se ha verificado en París dias pasados, y esta historieta ha suministrado á un buen escritor el argumento de una divertida novela, de la que hemos extractado lo suficiente para llenar nuestra crónica de la semana.

MARIANO URRABIETA.

14 de agosto de 1853.

PARA EL ALBUM DE LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

Serenata.

Del ámbar de sus labios
El aura llena,
Murmura en las campiñas
Que baña el Sena:
« Amor consiente,
Que la imperial corona
Brille en su frente. »

Y en tanto el Manzanares
En blando giro,
Al eco que se pierde
Como un suspiro;
Lento murmura:
« Antes fué aquí la reina
De la hermosura. »

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid, 1853.

Rápida ojeda sobre Constantinopla.

Si le fuese posible al viajero que no viene mas que una vez por estos sitios el disponer á su gusto la época y hora de su llegada á Constantinopla, yo le aconsejaria doblar la punta del *Serai* en el momento en que sale el sol, por una hermosa mañana de mayo, ó lo que es mejor aun, le diria que llegase por la noche cuando hace luna, y durante las fiestas del *Ramazan*.

A decir verdad, es tan hermoso este espectáculo, que hay que contemplarle á todas horas, en todas las épocas del año, para gozar de él como es debido, lo que únicamente puede hacerse cuando se reside algun tiempo en estos países encantados. Pero hoy no pensamos reproducir aquí mas que la viva impresion que causa á todo el mundo el primer aspecto de esta ciudad que un poeta francés ha sabido caracterizar, diciendo que en ella acaba la Europa y comienza el Asia.

Al salir de Propontida ó mar de Mármara, se presenta la triple ciudad de Constantinopla: *Stambul*, *Scutari* y *Galata*.

El buque se adelanta, rechazando con trabajo las corrientes de la costa de Europa. Ya á la izquierda en una niebla morada se descubre el castillo de las Siete Torres, esa bastilla de los sultanes; luego los arrabales y las pintorescas murallas que se sumergen en la mar, y por encima se distinguen las casas, los árboles, los minaretes y las cúpulas.

Pronto llegamos al pié de los muros del *Serai*, ese palacio misterioso y célebre en la dramática historia de los emperadores turcos; teatro de placeres, de voluptuosidades y de intrigas sanguinarias. De lo alto de las azoteas, que parecen hundirse bajo la espesa corona de verdura que las circunda, muchas víctimas de la política otomana cayeron precipitadas en las olas!

Á la derecha, sobre la costa de Asia, se descubre *Scutari*, la antigua *Crysópolis*, la ciudad de oro, vasto almacén de las mercaderías que las principales ciudades del Asia Menor envían á la capital. Un faro colocado en una roca aislada, que los turcos llaman *kiz-Koutei*, la *torre de la Joven*, se levanta gracioso sobre las olas.

En frente huye serpenteando el Bósforo con las bonitas aldeas y miradores que adornan sus riberas; pero pasemos sobre esas aguas azuladas con matices de oro, y entraremos en ese puerto maravilloso, lleno de buques y de embarcaciones de todos los países del mundo; verdadera selva de palos, sobre la cual se prolongan á la izquierda en una admirable perspectiva las líneas onduladas de *Stambul* con su profusion de mezquitas y de elegantes minaretes, de jardines y de palacios.

Apenas se acaban de parar las ruedas del vapor, cuando una nube de botecillos se dispone á tomarle por asalto; esta gente que se disputa los viajeros para llevarse á las fondas y posadas, es una plaga muy común á la que se acostumbra pronto el que viaja.

Para desembarcar, subir la montaña de Pera, é instalarse en una fonda, se necesita como una hora.

El que viaja por amor al arte y no por seguir el capricho de la moda, debe apresurarse á buscar un cuarto en una casa particular, lo que se encuentra fácilmente.



Mezquita Almed, sobre la grande plaza del Hipódromo en Constantinopla.

te, así se evita el tumulto y el ruido, y movimiento continuo de las posadas.

La primera cosa que debe hacer el que llega á Constantinopla, es ir al bazar; lo demás se ve de paso; y esto lo decimos porque el que no piensa permanecer largo

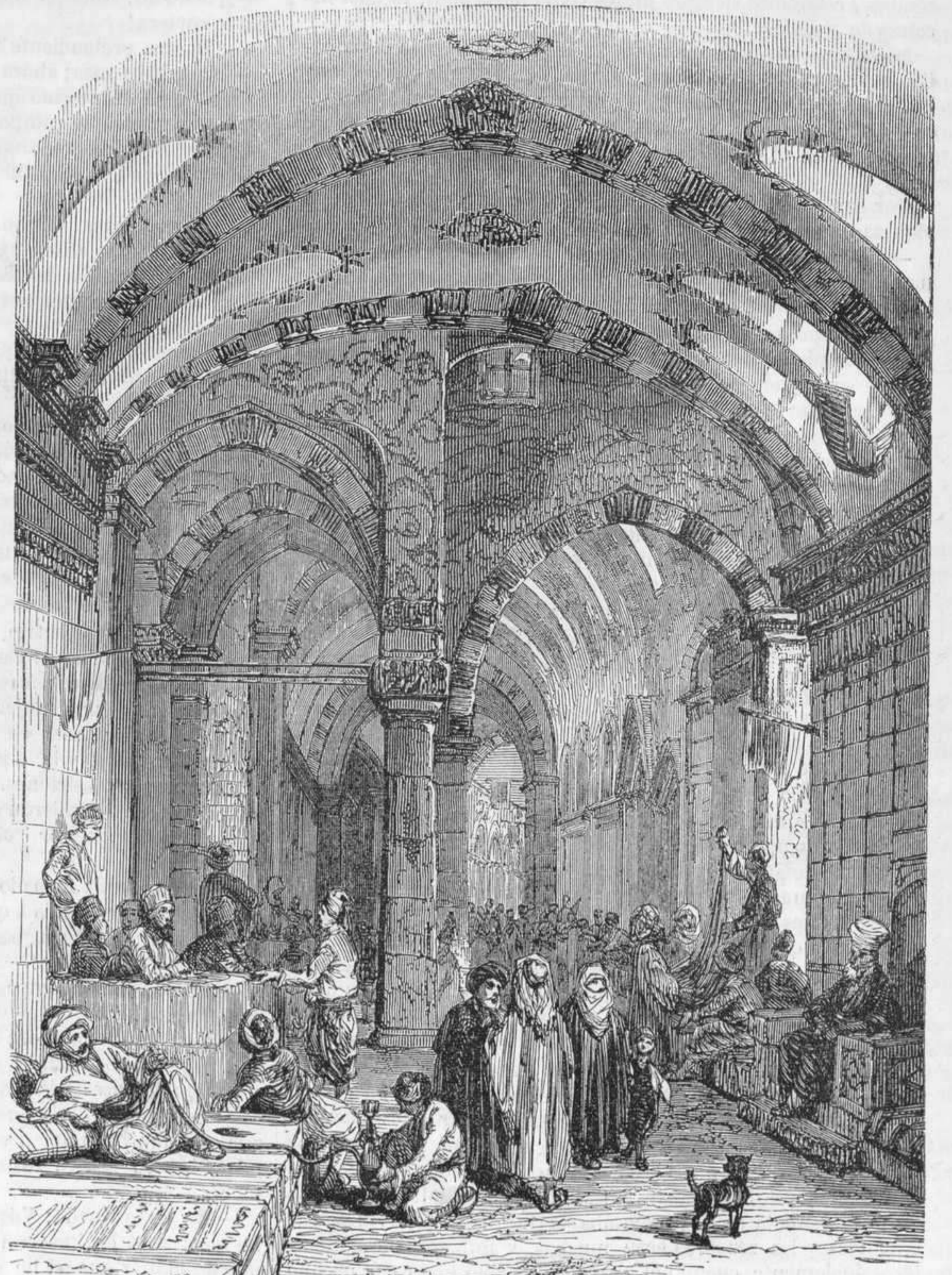
tiempo en la ciudad, debe ante todo hacerse con esas batas, esas babuchas, esas pastillas y esencias de rosa y de jazmin del serrallo, tan interesantes para el extranjero como los admirables movimientos de Constantinopla.

Sigamos pues la oleada de la gente; obedezcamos á ese impulso general, pues ya hemos dicho que no abrigamos otra pretension que la de trazar un ligero bosquejo de esta poblacion sin rival en el mundo.

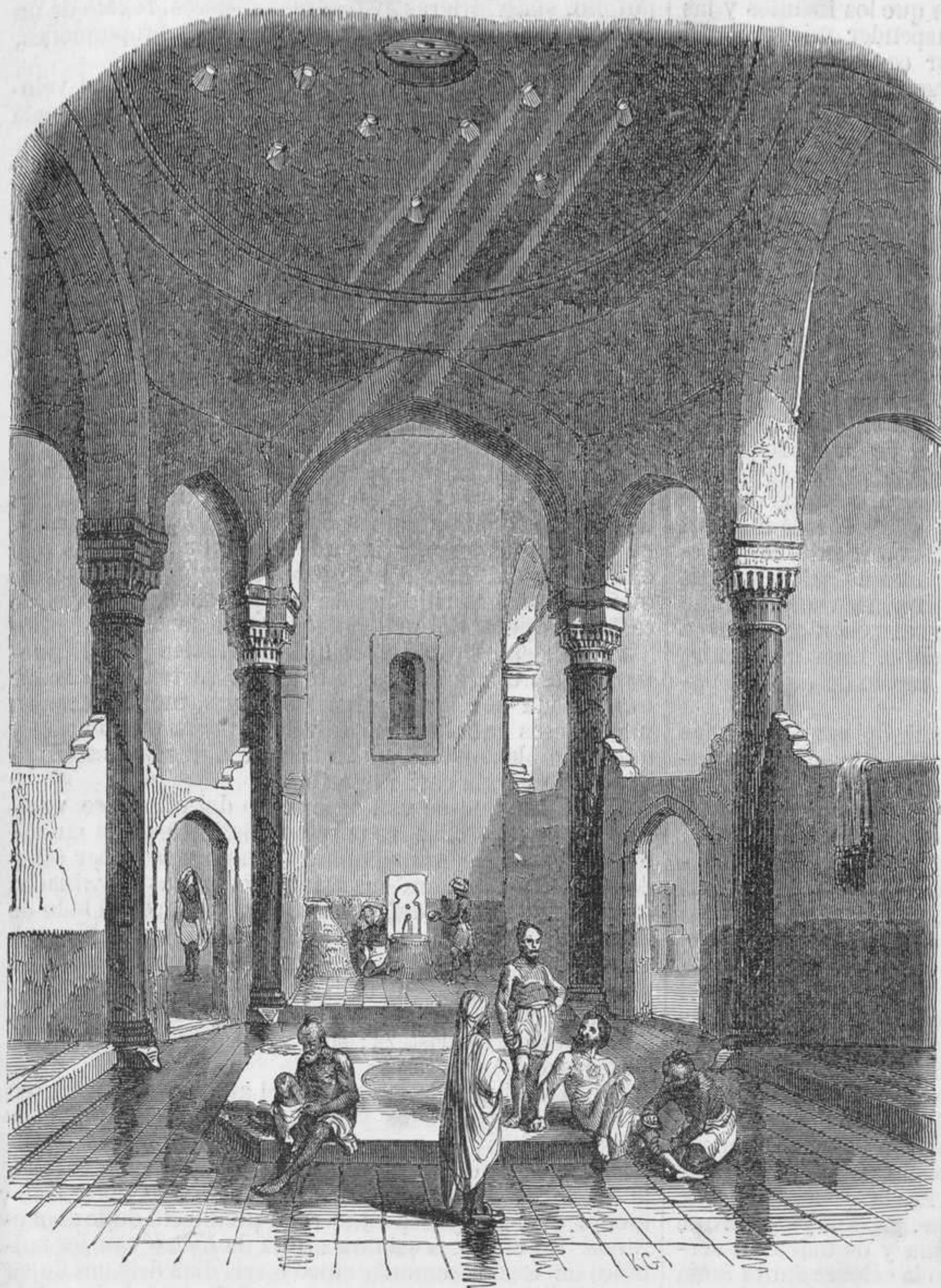
Al bajar de Pera hay que meterse en una de las es-



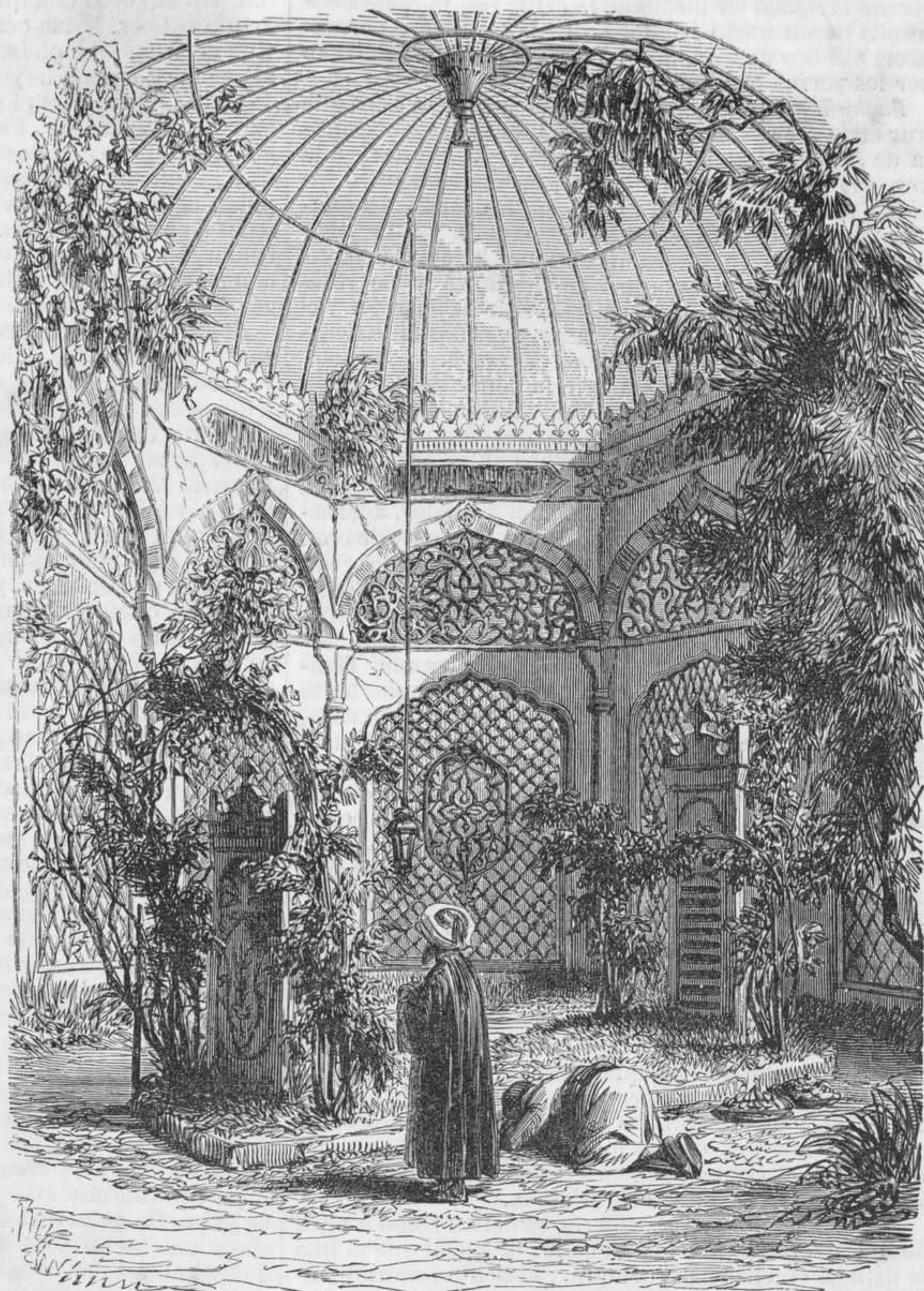
Constantinopla. — Calle de Mohamed.



Constantinopla. — Grande Bazar.



Constantinopla. — Baño de Soliman.



Constantinopla. — Tumba de la sultana Validé.

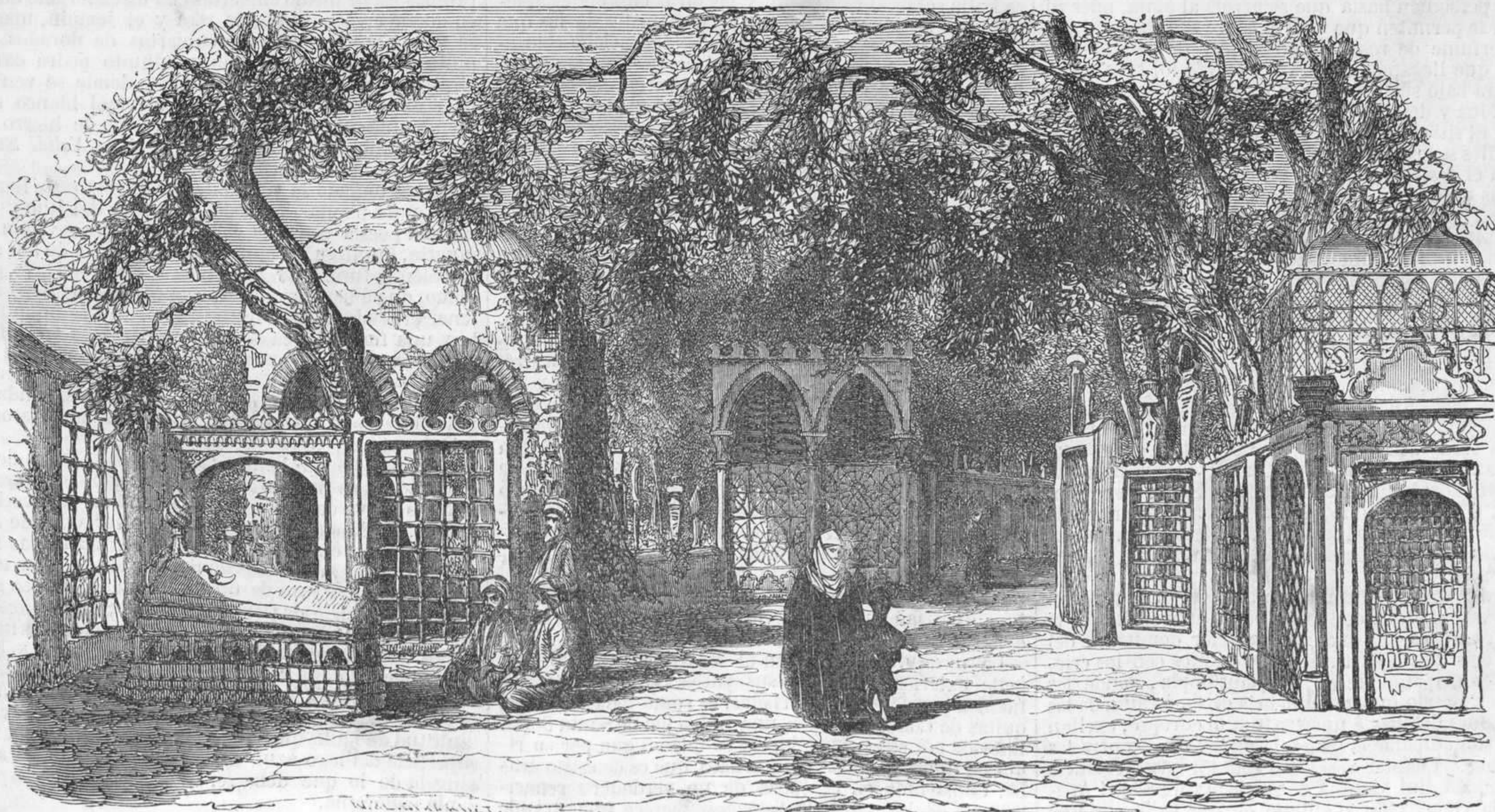
calas de Galata para atravesar el puerto. Una multitud de kaiks, apretados unos contra otros esperan á los pasajeros, pero cuidado, porque los caidjis son muy burlescos, y los kaiks son muy traidores. El que no salta con precaucion para caer en medio, va á parar al fondo del Bósforo, pues la embarcacion vuelca como una cáscara de nuez; por fortuna el agua es tan transparente, y está tan tibia, que los barqueros pescan al instante al torpe que se fué á tomar un baño intempestivo.

En dos minutos se atraviesa el puerto á pesar de los muchos kaiks que se cruzan y se entrechocan á cada

paso. Una prodigiosa cantidad de gaviotas inclinadas sobre las barcas, nadando en las aguas ó cerniéndose en los aires, animan con sus alegres gritos aquel brillante paisaje. Al desembarcar se dan dos ó tres cuartos por la travesía, y se paga lo mismo yendo solo que acompañado.

Regularmente se desembarca en la escala de *Bilik-Bazar*, el bazar de los peces y las frutas, uno de los mercados mejor provistos de Constantinopla. La gente abunda en él hasta el punto, de que casi es imposible salir sin un drogman de aquel laberinto.

Un dia que llegué algo distraido, mirando las tiendas de los trajes mas bien que el sitio por donde andaba, cuando tropecé en un cuerpo que estaba en el suelo... era el cadáver decapitado de un jóven armenio, que de católico habiéndose hecho mahometano con las miras interesadas de obtener un derecho reservado á los creyentes, habia abjurado de nuevo este culto por remordimientos de conciencia para volver á la religion de sus padres. A despecho de los tratados con la Francia, los *ulemas*, jueces y jefes de la religion, mandaron que se le cortara la cabeza, y su cuerpo, ignominiosa-



Calle del Campo-Santo á Eyoub, arrabal de Constantinopla.

mente arrojado en medio de la calle, con la cabeza colocada en un modo irónico entre las piernas, permaneció allí dos días expuesto á los insultos, y desgarrado por los perros hambrientos.

Baghtché-Kapoussi, puerta que se atraviesa para entrar en la ciudad, se halla contra el patio de la mezquita de *Jeni* ó sultana *Validé*. Hermosa y pintoresca á la vez, sus puertas y su patio interior merecen un detenido exámen. Excepto el santuario, los cristianos pueden visitarlo todo libremente. Este patio es un bazar donde á la sombra de los árboles y al lado de las fuentes hay puestos ambulantes de perfumes y de rosarios. Pero pasemos pronto por este sitio delicioso, y vayamos en derechura al gran bazar, pues nos falta tiempo para describir sus magníficos primores.

Atravesemos la espaciosa galería donde se respira un perfume de pimienta, de canela, vainilla y otros mil artículos de la India y del Egipto que trastornan la cabeza, y entremos en la calle principal, guarnecida de almacenes de todas clases; primero se ven pastelerías, confiterías y tiendas donde se venden asados, adornadas de esculturas y de pinturas vivas, guarnecidas con hojas de parra, y con transparentes que las preservan de los ardores del sol. Despues vienen los quincalleros, los judíos vendiendo como en todas partes, una multitud de cosas diferentes, y los torneros que fabrican largos tubos de pipas de palo de cerezo y de jazmin. También estos venden esas boquillas de ámbar que tanto les gustan á los turcos, y cuyos precios difieren esencialmente segun la transparencia y el color del ámbar.

Todos estos obreros-comerciantes establecidos en sus tiendas abiertas, trabajan lentamente distraídos por el movimiento de la calle y sentados á sus anchas, unos con las piernas cruzadas, y otros en blandos almohadones. Aquí sí que se puede decir que el trabajo tiene muchos atractivos, bajo ese hermoso clima donde es tan grato disfrutar de la sombra mientras un sol abrasador prodiga en derredor la vida y la fuerza; en ese país donde el vestido que cubre al hombre cuesta tan poco y no se deteriora por la intemperie de las estaciones, donde los frutos que produce la tierra bastan para el alimento, donde no hay que pensar en las mil precauciones contra el frío invierno que aquejan á los pueblos del Norte, y donde algunas horas de ocupación proporcionan al hombre mas de lo que necesita para la vida. Pero dejemos estas reflexiones, y continuemos la descripción del bazar de Constantinopla.

Las tiendas de los mercaderes se hallan como á unos dos pies sobre el nivel de la calle, de modo que el que se detiene en ellas para comprar, se sienta naturalmente en su dintel. La calle es bastante escarpada y muy desigual, y se halla llena de perros que no se mueven sino para morder al *glaour*, ó para correr tras del traje europeo al que profesan un aborrecimiento profundo. Estos perros que nacen y mueren en medio del empedrado, sin dueño conocido, alimentándose con los restos que les arrojan de las tiendas, sirven para la limpieza de las calles; pero su asqueroso alimento engendra en ellos enfermedades cutáneas que les ponen horribles y repugnantes. El forastero, sobre todo por la noche, no debe jamás aventurarse por las calles sin un buen bastón, arma suficiente contra ellos, pues estos animales son cobardes á pesar de su crecido número y de su aspecto feroz. Como son tantos los que viven juntos, han debido hacerse leyes, que obedecen escrupulosamente: cada tribu tiene su límite en la calle de donde nunca pasa, y si un ignorante quebranta la ley, los otros le persiguen hasta que se arroja al agua, pues ni siquiera le permiten que vuelva sobre sus pasos.

Un perfume de rosa, de almizcle y de zándalo nos anuncia que llegamos al bazar, y en efecto, bien luego se penetra bajo sus sombrías y frescas bóvedas; saliendo de la luz y del calor, esto forma un contraste muy notable. El sitio mas interesante de este laberinto, donde las calles se cruzan en todas direcciones, es sin duda ninguna el *b. sestin*; aquí se venden á pública subasta las armas viejas, los muebles y las antigüedades de todas clases, de modo que si el extranjero que permanece poco tiempo en Constantinopla quiere formarse una idea de este movimiento pintoresco y enteramente oriental, debe detenerse y sentarse en una de estas tiendas, donde el mercader se apresura ante todo á ofrecerle la pipa y el café. Todas las riquezas del Asia, del Africa y de la Europa, todo ese lujo y ese gusto tan puro del Oriente se hallan á la vista en esos bazares inmensos que parecen hechos para tentar al hombre mas indiferente.

Por las ideas que corren en Europa sería imposible formarse una idea del grado de moralidad que reina entre los turcos. Este pueblo bueno, justo y caritativo, es incapaz de faltar á la honradez. Si, verbigracia, un comerciante del bazar se ausenta para ir á la mezquita, al baño, ó á otro asunto, se contenta con poner á la puerta de su tienda enteramente abierta una cuerda atravesada, y á pesar de esta excesiva confianza, los robos son muy raros.

Es verdad que su profunda convicción en la superioridad de su religion, ese sentimiento de respeto por la tradición antigua que parece el carácter dominante del espíritu oriental, les hace ser intolerantes con los cristianos, principalmente en Constantinopla, donde los sacerdotes viendo que su influencia decae á causa de las innovaciones debidas á nuestro influjo europeo, excitan de un modo culpable el odio y la animosidad contra los extranjeros. ¡Cuántas veces durante mi larga estancia en esa ciudad, fui víctima de su ciega injusticia! Apenas habia comenzado el dibujo de una calle, de una plaza ó de una mezquita, cuando la muchedumbre me

rodeaba tan de cerca, que casi no me dejaba respirar, y lo que es peor, habia ocasiones en que los insultos y las vias de hecho me obligaban á suspender mi tarea. El mejor partido que hay que tomar con aquella muchedumbre ignorante es el de retirarse; lo demás sería exponerse neciamente. Es incalculable la paciencia que hay que tener en tales casos, pues todo el mundo, hombres, mujeres, ancianos, soldados y sacerdotes se disputan el honor de insultar al artista de mil maneras, todas á cual mas insolentes, todas propias de un pueblo sumergido en la mas crasa ignorancia. La vista que damos aquí de una de las calles del gran bazar, es quizás una de las que mas caras se han pagado.

Al anochecer se cierran todas las puertas de los bazares; la lumbre y la luz se hallan prohibidas allí por temor de incendio. Así esos edificios sólidamente contruidos son los únicos que se hallan al abrigo de ese azote que devora incesantemente á la ciudad.

Del bazar llegamos á la puerta de la mezquita de *Bayaceto II*, situada á la esquina de la plaza mayor del *S. raskir* (gran visir). Nada es mas gracioso que el patio de esta mezquita, con sus bellas columnas de mármol verde y rojo, sus elegantes puertas, su fuente, los árboles que la dan sombra, y sus bandadas de palomas, que segun las órdenes del sultan, se alimentan con el grano que las mujeres y los niños cogen al pasar en una arca colocada allí de intento, y les arrojan incesantemente; apenas se puede atravesar por en medio de aquella población alada.

Todas las mezquitas de Constantinopla, así como las *turbé* ó sepulcros que las rodean, presentan el mayor interés, tanto por su gusto artístico como por su aspecto pintoresco. En esta rápida ojeada nos contentaremos con visitar las tres principales.

Al pasar de la mezquita de *Bayaceto* á las de *Mohammed*, de *Chah-Zadé* y del sultan *Selim*, se encuentran fuentes muy notables, cisternas, cafés y calles pintorescas; la que conduce de *Mohammed* á *Selim* nos ha parecido el tipo mas bonito de las calles de Constantinopla, y por eso la estampamos en nuestros grabados. Atravesando el hipódromo donde se alza el obelisco de Constantino y donde se acabó con los genizaros, se ve la hermosa mezquita de los seis minaretes del sultan *Ahmed*. La vista de una de sus cuatro fachadas dará á conocer al lector el elegante estilo de esos inmensos edificios rodeados aun por un vasto patio cercado y adornado con fuentes y añejos plátanos. Una calle bastante mala nos conduce á la plaza de Santa Sofía, en frente de la puerta principal del Serrallo, y en cuyo centro se eleva una fuente toda de porcelana y de mármol, verdadera alhaja del arte persa; pero la célebre Santa Sofía es la que llama aquí nuestras miradas. Por su parte exterior es informe á causa de los machones y pesadas murallas que sostienen los muros y la cúpula, y sería imposible adivinar por fuera la ligereza verdaderamente aérea de esa cúpula. Pero penetrando en el interior, se comprende que la reputación de que goza este monumento no puede ser mas merecida. Santa Sofía fundada por Constantino el Grande, fué construida toda ella por los arquitectos *Anthemius* é *Isidoro d. Milet*, reinando Justiniano. Cuando descubre uno la extensión de ese templo sin igual, se queda sobrecogido de asombro y de respeto. La mirada se pierde ántes de llegar á esa media naranja de una elevación fabulosa y que, por un admirable artificio, parece que cuelga como una lámpara de la bóveda celeste, en vez de descansar sobre la tierra como todos los edificios humanos. En efecto, solo se apoya en secciones de cúpulas, de las cuales solo una se halla sobre el santuario, y las otras cubren las galerías que se comunican entre sí por medio de las que sostienen las dos naves por ambos lados. Ocho columnas gigantes de pórfido, y otras noventa y dos de jaspe mármol serpentino, y de otras varias clases, todas á cual mas preciosas, sostienen ese sistema aéreo de cúpulas. Veinticuatro ventanas abiertas en torno de la media naranja principal, y que parecen desprenderla mas aun del edificio, dejan penetrar la luz y producen efectos mas variados que la única abertura que se ve en la cúspide de las rotondas de la antigua Roma. Un volumen entero se necesitaria para enumerar las maravillas de los mosaicos, de los capiteles, de los cordones esculpidos, de las galerías y de las naves; por eso nos ceñiremos á decir que Santa Sofía produce el efecto de la obra mas grande del pensamiento religioso. Ningun monumento, ni S. Pedro de Roma, ni las cúpulas de Milan ó de Venecia, ni ningun templo de la Grecia, ni ninguna de las mejores catedrales góticas y del renacimiento pueden entrar en comparación con ella. Este templo, verdadera casa de Dios, como dice la Escritura, parece construido lo mismo para una religion que para otra, con tal de que esta religion sea hija de la sabiduría. Los hombres de todos los cultos, turcos ó cristianos, deben experimentar en ella la misma impresión de temor y de respeto, porque sus grandiosas proporciones son superiores á la mirada humana. Verdadera hormiga al lado de esta montaña, debe conocer entónces el sentimiento de su inferioridad, y debe pensar involuntariamente en la corta duración de su frágil existencia.

La mezquita de *Soliman el Magnífico*, mucho mas bella exteriormente con sus patios, sus azoteas, sus fuentes y sus hermosos árboles, es como todas las mezquitas de Constantinopla, una imitación de Santa Sofía. Inferior por sus proporciones, lo mismo que por su riqueza, difiere de ella por el ornato, que es de estilo árabe. Construida en la época de un verdadero renacimiento de las artes, la *Solimanie* merece una grande atención, y despues de la catedral, yo la coloco sin ti-

tubear en una línea mas alta que todas las otras. Su púlpito, sus vidrieras de piedras preciosas, regalo de un shah de Persia, sus esculturas y hermosas proporciones, la hacen sumamente notable é interesante.

Todos esos viajeros que residen en una ciudad veinticuatro horas, concuerdan en decir que Constantinopla no tiene nada hermoso mas que la posición, y que entrando en ella se pierden las ilusiones, pues á su juicio las calles son horribles, no hay ningun monumento, y solo el conjunto parece algo. Estos señores que tan poco se detienen á observar las cosas, no tienen en cuenta el arte en su parte pintoresca, y por eso no se paran á examinar las fuentes, los kioks, las tumbas, las mezquitas, los baños, los bazares, los cementerios, los cafés, las tiendas, los barcos y los trajes que á cada paso componen preciosos cuadros que no se encuentran por cierto en todas partes. ¿Pero qué les importa á ellos lo pintoresco si les falta todo aquello á que están acostumbrados en París ó en Londres?

En *Galata* y en *Pera*, ese barrio franco, poblado de comerciantes, es cierto que se encuentran pocos objetos de arte; pero en cuanto á *Scutari*, *Tophana* y *Stambul*, no titubeamos en afirmar que hay pocas ciudades que ofrezcan igual interés bajo todos conceptos, á pesar de que en muchos rincones se hallen chozas en vez de casas, y á pesar del mal empedrado de las calles.

Pero dejemos esta interrupción artística y continuemos nuestra correría. Como ahora se trata de echar una ojeada por los arrabales lejanos, montaremos en uno de esos caballos que se ven en todas las plazas, y que reemplazan en Constantinopla á los coches, cuya circulación sería casi imposible.

Las calles que se van separando del puerto se vuelven tristes, y todas se parecen. Salimos de la ciudad por la puerta de Andrinople, y despues de haber echado una mirada sobre sus triples murallas arruinadas que en otro tiempo defendían á la ciudad por el lado de la llanura; despues de haber admirado la magnífica selva de cipreses del gran cementerio otomano, bajamos al arrabal de *Eyoub* que cierra el puerto de Constantinopla, floresta encantada, llena de misterio, de sombra, de frescura y de tristeza; sitio poético como se encuentran pocos.

En la anchura de las calles del arrabal de *Eyoub*, en los minaretes dorados y en las brillantes cúpulas de sus mezquitas, en las sombras majestuosas del cementerio, en cuyo centro se eleva el templo mas venerado, la mezquita *Santa* por excelencia, se reconoce fácilmente que esta aldea es el sitio predilecto de los soberanos. En efecto, á esta mezquita de *Eyoub* van los sultanes de toda ceremonia cinco ó seis dias despues de su advenimiento, para consagrar su derecho á la herencia imperial. El sacerdote ó dervis le ciñe el sable de Osman con el aparato que se usa en tales casos.

La mezquita encierra las cenizas de *San Eyoub*, compañero de armas de Osman. Este héroe pereció, segun los turcos, en el primer ataque que las hordas otomanas dirigieron contra Bicencio. Mahomet II encontró su cuerpo y le elevó esta mezquita donde depositó las preciosas reliquias que desde entónces han sido siempre objeto de veneración y de respeto para los fieles creyentes. Jamás ningun cristiano puso allí los pies hasta el día en que el príncipe heredero del trono de Rusia eligió que le abrieran las puertas.

Es imposible imaginarse nada mas hermoso, mas grande y pintoresco que ese Eliseo lleno de magníficos árboles, de flores, de fuentes, de arroyuelos y de tumbas de todas formas y colores. Aquí se ven calles, cuyas tumbas están medio cubiertas con un enverjado dorado, en donde crecen juntos la rosa y el jazmin, mas allá se ven túmulos elevados cubiertos de dorados y de pinturas brillantes. El dibujo adjunto podrá dar una idea de este admirable cementerio, donde se ven tambien magníficos mausóleos de mármol blanco sosteniendo una cúpula calada de enrejado de hierro de la mas elegante arquitectura, como el de *Validé Sultan*, la gloriosa madre de *Selim III*.

Hemos tomado la vista interior de este *turbé* lleno de flores y de plantas, para dar una idea del lujo y de la risueña poesía con que los musulmanes revisten á la muerte, tan lúgubre entre nosotros. Cerca de allí se ve tambien la tumba de *Hassein-bajá*, aquel esclavo georgiano, que á beneficio de su alta capacidad, llegó á obtener el grado de grande almirante. En este monumento hay una fuente turca de esas que llaman *zebir*, á fin de que los viajeros que pasan por el camino puedan apagar su sed con agua fresca, y que este goce, tan apreciado en los países cálidos les recuerde al fundador: ¡precioso modo de atraerse la gratitud y el reconocimiento de los vivos!

Subiendo por un bonito camino á las alturas de este cementerio, se llega al frente del puerto del Cuerno de Oro, que se ve desde allí perfectamente. A la derecha se descubre toda esa cadena de colinas cargadas de sombra, de casas, de kioks y de palacios, todas esas mezquitas con sus brillantes cúpulas con sus esbeltos minaretes que se destacan de un modo tan pintoresco sobre ese hermoso cielo de Oriente; á la izquierda el arsenal, los arrabales judíos, armenios y cristianos, las negras masas de los cipreses del cementerio de *Pera*, y luego en frente la dorada ribera del Asia, y por detrás las plateadas cúspides de las montañas del Olimpo. Si á esto se añade la vida y el movimiento de los buques, la multitud de kaiks que surcan en todos sentidos la tersa superficie del lago azul, se podrá tener una idea aproximada de lo que debe ser este magnífico y sorprendente panorama.

Antes de concluir, detengámonos un poco en un baño,

pues es el mejor medio para descansar de esta larga correría, y de paso podrémos observar una de las costumbres mas características de la vida otomana.

Los baños tan necesarios en Oriente, abundan mucho en Constantinópla. Los pobres disfrutan de ellos lo mismo que los ricos, mediante una módica retribucion, pues el baño es uno de los placeres mas vivos para los habitantes de aquellas regiones. Estos establecimientos, generalmente hablando, son muy hermosos; uno de los mas antiguos y de los mas puros de estilo es el de Soliman, debajo de la azotea de la mezquita; pero ya se ha descrito tantas veces el modo de tomar estos baños de vapor, que nos contentarémos con dar aqui un dibujo de la sala principal.

En este rápido paseo hemos visto el conjunto de esta célebre ciudad, que por cierto no deja engañadas las ilusiones; pero para describirla en sus detalles, seria preciso mas tiempo y mas espacio: quizás en otra ocasión podrémos disponer de ambas cosas.

A. de B.

Las tres naranjas y algunas gotas de agua.

CUADRO ORIENTAL.

Vivia en Teheran la criatura mas mezquina y tacaña que ha nacido de mujer. Entre los fieles hijos de Alí, solo se ignora lo que debe ignorarse; del resto nadie hace caso. He aquí la razon de saber todos á ciencia cierta, por mucho que le pesara, que Aboo-Nazib, con su andrajoso turbante y su almalafa abigarrada por las injurias de medio siglo, era el hombre de los cequíes y las rupias, y que no podia ménos de atesorar medio Golconda donde, excepto él, nadie acertara á decir. En su jardinillo de algunos piés se criaban las mejores naranjas de toda Persia, las que en canastillos de oro esmaltados de pedrerías, eran presentadas sucesivamente y sin faltar una por sus servidores negros en la mesa del Sach poderoso, sombra de Alá en la tierra. Pero por muy largo que tuviera el brazo y grandes fuesen las riquezas que guardaban sus famosas arcas de cedro y marfil incrustadas de oro, llegó un dia en que con la frente en el polvo le hicieron saber sus emisarios no contase por entónces con las dulcísimas naranjas de Aboo-Nazib, porque su huerto habia sido robado sin saberse, como y tan temerariamente, que era mas fácil encontrar las cabezas de los culpables, que una sola naranja en todo el árbol. S. A., con una calma que le hacia honor, continuó fumando en su pipa como si tal cosa, con grande asombro de sus visires y sátrapas.

El robo era falso.

Hallábase Aboo-Nazib á la puerta de su miserable espelunca, concluidas las abluciones de la tarde tan indignamente como de costumbre, arrellanado en su es-tera, y entretenido en pasar las enormes agallas de un rosario turco, cuando oyó una voz que le decia: « Dame tres naranjas de tu jardin. » Volvióse lentamente, y vió cerca de sí una especie de Ogro fornido y musculoso, medio desnudo y negro, y con la nariz mas desahorada y hundida que pudiera inventar el demonio de la caricatura. Ni siquiera le contestó. El otro meneó un saco que despidió un sonido metálico, Aboo-Nazib le hizo con la cabeza una señal negativa; entónces la criatura deforme lo vació ante sus ojos, é inundó la estera y los piés del absorto avaro con un turvion de preciosísimos y deslumbradores diamantes. — Todos son tuyos por las tres, le dijo, y por igual número te daré cada dia otros tantos, hasta que tu árbol quede sin fruto. — Aboo-Nazib, por toda contestacion, se lanzó sobre aquel tesoro como el leon sobre la girafa sedienta, y volvió luego con las tres mas ruines naranjas que pudo encontrar.

Al dia siguiente, volvió el negro con su saco, y se llevó sus tres naranjas mediante igual número de diamantes que el anterior, y así sucesivamente, hasta no quedar ya mas que tres en poder de Aboo-Nazib; pero en vez de trocárselas por su pedrería, segun lo ajustado, le mintió de esta manera: — « Necesito decirte que mi árbol no dará mas fruto el año en que deje de comerme sus tres naranjas mas bellas; si te cedo estas últimas, quedará él seco y yo arruinado, porque así está escrito: muéstrame el lugar de donde extraes tu tesoro, y son tuyas despues. » — El vestigio de nariz aplastada aceptó sin vacilar, y ambos partieron hácia las fronteras de la India, llevando Aboo-Nazib por todo equipaje una aguda gumiá de Damasco cuidadosamente recortada.

Los primeros dias de marcha comieron y bebieron de lo poco que la hospitalidad pobre y liberal de sus hermanos compartió con ellos sin interés alguno, pero muy pronto vióse el avaro de corazon seco, perdido con su guia entre un océano de arena que abrasaba sus piés y derretía su carne. En vano recurrió al negro; desde que penetraron en el desierto no hacia mas que cantar en un idioma desconocido, monotonó y lúgubre, ó saltar como un mono con gentil compás de ahullidos. Harto sin duda de su bizarro modo de proceder, le dijo por fin: « — Aboo-Nazib, ¿ves aquella tienda que se aparece allá? — y le señaló el Norte, — pues con solo un silvindo vendrian aqui gentes que por medio de los procedimientos mas raros y caprichosos, harian saltar á un

hombre honrado hasta el último cequí, por muy guardado y por muy lejos que lo tuviera. ¡ Diabla de sed!... dame una de tus naranjas. »

Aboo-Nazib llevó la mano al pomo de su puñal, pero retirándola con lentitud, entregó á su extraño compañero una de las tres, temblando como un epiléptico. El guia tornó á su danza y á sus cantares con mas brio que nunca, pero de allí á poco volvió á decir: « Aboo-Nazib, desde aquí veo la gruta misteriosa; guarda para tí la tercera de las naranjas, porque la necesitarás; pero, ántes de ser el mas poderoso de los nacidos, dame la segunda, y si así no lo haces, adios. » Y dió tan prodigioso salto, que Aboo-Nazib le perdió de vista; mas hallándole en breve junto á sí, le entregó dócilmente su naranja, aunque la sed que lo devoraba le hiciese comprender era aquella fruta superior, en trance tal, á todas las riquezas del universo mundo. « ¡ Hela aquí! » gritó su guia, trascurrido un buen espacio, y arrojándose bruscamente al suelo, removié á uno y otro lado aquella lava abrasadora, sirviéndose de sus manos como el mas fino lebril de Laconia, burlado por el tejon hasta dejar ver una ancha losa negra y sin esmalte, y oprimiendo sin duda secreto resorte, la boca aun mas lóbrega de un silo profundo y temeroso. Aboo-Nazib miró á su compañero, y despues á la sima, pero no bien rozó en su bordé la grosera punta de su babucha, cuando el rugido ronco y formidable de un tigre le hizo retroceder asombrado y marchito. « Está desencadenado, le dijo el negro con la mas fria calma, pero no le temas, que yo lo apartaré de tus ojos bajando el primero; mas para que tú penetres en el recinto maravilloso, has de arrojar delante de tí un don que de tus ropas no sea, porque está escrito: « Quien sin ofrenda llegare, no salga mas. »

Dicho esto, arrojó al pozo una de sus dos naranjas, y desapareció tan ligero como ella en direccion igual. El buen Aboo-Nazib no vaciló entre su puñal y su última naranja; lanzó esta como su guia, y una claridad súbita y aromática le permitió distinguir una escalera practicable y limpia, no bien lo hubo ejecutado, y por la que se dejó ir con intrépido corazon, empuñada su arma bajo los dobleces de su almalafa.

¡ Oh, vista espléndida y deslumbradora! El subterráneo era vasto y tendido, y por todas partes relumbra-ban, hacinados como miés, grandes y triangulares montones de las mas preciosas piedras. Habia oro hasta perderse de vista, plata como para marchar sobre ella; delicadas estofas de Cachemira, marfil maravilloso, sedas suavísimas y aromáticas, resplandecientes joyeles, arneses cuajados de oro y perlas blanquísimas. Allí se hallaba la bizarría europea con toda la riqueza de Oriente. Era aquel, sin género de duda, el paraíso de la codicia, y tal allí se hallaba Aboo-Nazib, que á trasportarlo entónces al de su Profeta fuera lo mismo que dejarle caer desnudo entre zarza y ortigas. La mano pesada del negro desplomándose sobre su hombro le hizo volver un tanto en sí. « — Escucha, Aboo-Nazib, le dijo, y escucha bien, porque te va mucho. Este, y mas que no has visto, es el tesoro de tu señor Aharon Abul-Mieza, sach poderoso de la Persia. Un dia llamó á su esclavo y le dijo: « Agu-ava, mi siervo Aboo-Nazib es un perro que se atreve á recibir dos bolsas por cada fruto del árbol que pertenece á su amo. La araña que se ha hinchado en las tiendas de la viuda y el huérfano, y en cuyo aguijon hay sangre de otras víctimas, no puede ser castigada con publicidad, podria susurrarse que sus grandes riquezas me llevaron á herir, y pade-cerla mi gloria. Agu-ava, tráeme su cabeza sin que nadie se apercebe. » Entónces su fiel negro vino á este lugar de él solo conocido y.... No le dejó ir mas adelante Aboo-Nazib; furioso como el leopardo herido por mano inexperta, se lanzó sobre él para clavarle su puñal; pero mas ágil y robusto el negro, lo desarmó en un abrir y cerrar de ojos, y sujetándolo con su ceñidor, prosiguió con desden: « — Cuanto posee el esclavo, pertenece á su señor. Aboo-Nazib, la cueva de tu jardin está vacía, tu oro y tus piedras se hallarán aqui en breve. ¡ Oh! el negro es prudente como la abeja y valeroso como el águila, por eso se rió de la traicion cuando la vió esconder su arma de dos filos. »

De tan malas nuevas, indudablemente la última produciria peor efecto en el acongojado juicio del pobre avaro, que cuantas pudo oír y oyera en los sesenta años de su dorada miseria; pero cosa rara, Aboo-Nazib, aunque no tenia talento, poseia cierta cosa que á las veces le parecia, particularmente en los trances extremos, y así fué que paseando sus ojos por todas aquellas preciosidades, aun no bastante frias para él, dijo á su verdugo: « — Valiente Agu-ava, el gran Tipoo-Zach, sultan del Masur, está en guerra con el tirano de la Persia; vamos si tú quieres á encontrarle, y seran muestras cuantas maravillas nos circundan. Hazte libre, y yo te edificaré un palacio de oro y diamantes, y te lo llenaré de las mas hermosas mujeres de tu país y de la tierra toda. »

El buen Agu-ava rompió en una especie de carcajada de muy mal agüero para el infeliz maniatado, haciéndole una doble fila de dientes mas blancos é incisivos que los de un chacal, y por toda respuesta, armado de una enorme cimitarra, que relumbró en su mano como por encanto, cayó sobre su víctima dejando escapar cierto rugido salvaje muy semejante á los que poco ántes dejara oír su camarada el tigre. Pero á pesar de tanta braveza y furibunda carga, el animoso Aboo-Nazib logró alzar su cuello del primer fendiente, y cuando con no ménos brio fué á secundar el negro, oyó una voz que desde lo alto decia: « ¡ Detente, Agu-ava! » y á poco apareció mas cerca una especie de fantasma her-

méticamente velada y blanca, y ante cuya aparicion milagrosa se prosternó el esclavo reverente. Entónces avanzando hasta el pobre viejo, su misterioso libertador prorumpió en tales palabras: « ¡ Aboo-Nazib, Alá es grande! ¿ Recuerdas el dia en que caminando por el desierto descendiste de tu camello para derramar algunas gotas de agua entre los labios de una pobre mujer expirante y abandonada de sus hermanos? Pues he aquí porqué tu cabeza no caerá. Aquella anciana moribunda á quien tu salvaste con solo el agua que puede caber en el hueco de una mano, era la madre de la que hoy se sienta en el trono de tu señor, y como nunca se olvidó esta de tu nombre, su esposo magnánimo le ha concedido pagarte su deuda. Vivirás, Aboo-Nazib, pero conociendo este lugar terrible, es la voluntad de tu amo que jamás lo abandones. »

Y así lo verificó.

Los primeros dias vagó por aquellos ámbitos relucientes y solitarios tal vez á caza de una salida, pero luego que se convenció de que el tigre de mas arriba ó bien la cimitarra del amigo negro podrian darle un mal rato, ya no pensó mas que en contemplar como suyo aquel piélago maravilloso, y se halló tambien entre ellas que se supo despues por su antiguo guia y burlador el fiel Agu-ava, pues como encargado de renovar sus provisiones, se le oyó decir veces distintas, que solo saldria de allí para habitar un mundo cuyo cielo fuese de plata, el pavimento de oro, los árboles de esmeralda, los rios diamantes, carbunclos, jacintos y topacios las flores, de rica estofa los céspedes, lázuli las aves, zafir la raza bruta, y él su único viviente.

Téngase por averiguado que la felicidad y la avaricia no son tan antípodas como hasta aqui se ha creído.

JUAN DE SALDUBA.

EL ALBUM DE LA MOLDO-VALAQUIA.

Artículo cuarto.

ALHAJAS Y VASOS DE ORO HALLADOS EN VALAQUIA.

Como á dos ó tres leguas N.-O. de Bureo, villa de Valaquia, situada en el camino real de Bucharest á Jassy, algunos aldeanos cultivando la tierra encontraron el año 1838 muchos objetos que desde luego oponian alguna resistencia á sus instrumentos.

Léjos de sospechar los campesinos el valor de dichos objetos, los creyeron de un metal comun, vendiendo el mas magnífico de todos al mas bajo precio á unos gitanos herradores y caldereros de profesion. Este utensilio que á primera vista se hubiera tomado por un aguamanil, fué descompuesto á hachazos por sus nuevos dueños que querian conocer la calidad del metal y el uso que de él podrian hacer. La tierra que cubria este vaso y lo poco que habia costado su adquisicion, alejaban la idea de que pudiera ser de otro metal que de estaño ó de plomo. Pero... ¡ era de oro puro y macizo!... lo mismo que los otros objetos que quedaron en poder de los que los habian descubierto.

Pronto el gobierno valaco, informado de la ocurrencia, hizo arrestar á los aldeanos y gitanos, que entregaron cuantos objetos poseian, consintiendo estos en dos grandes anillos ó eslabones, una gola, cuatro lámparas de las cuales una representaba un alcon, dos la figura de Iris, y la cuarta no tenia alegoría alguna, tres tazas, una bandeja y una patena.

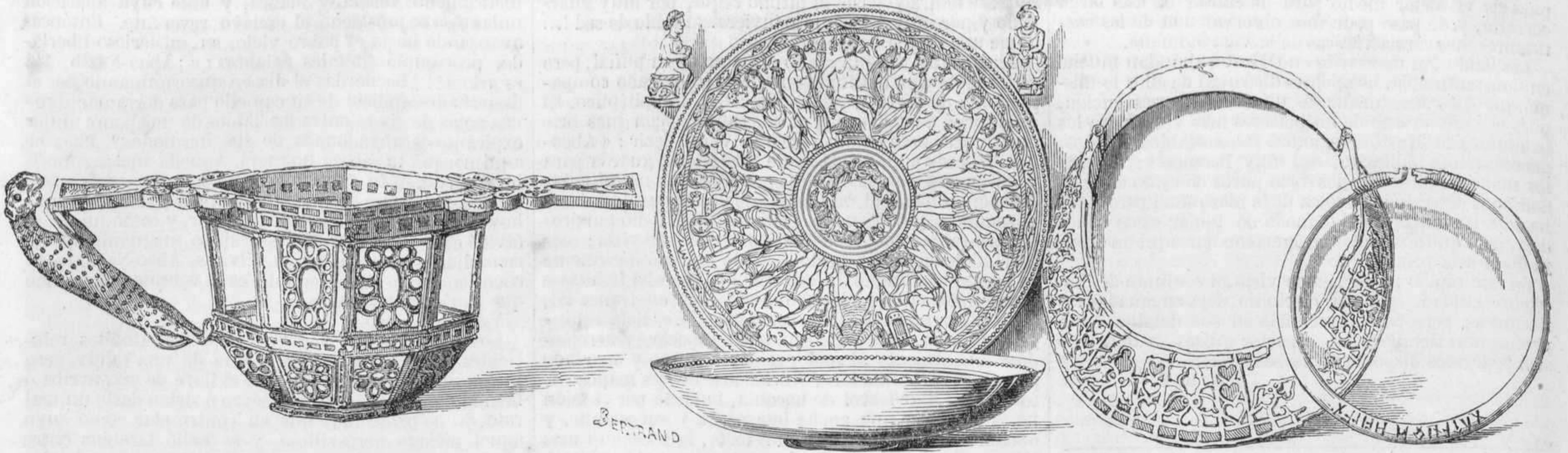
Uno de los grandes anillos tenia una inscripcion en griego á pesar de lo cual no hubo en los dos principados quien supiese traducirla, y en Viena mismo donde se mandó hacer la exacta reproduccion litográfica de dichos objetos, no se ha encontrado una persona capaz de explicar su origen, ni de hacer la deseada traduccion.

Todo el honor de la descripcion y explicacion de estos preciosos objetos, estaba destinado á M. Berger de Xivrey, uno de los miembros mas distinguidos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Paris. He aquí la interpretacion de este sabio francés que llenó de asombro y de contento al país moldo-valaco.

« Los monumentos cuya ejecucion puede apreciarse por estos dibujos, ofrecen un singular contraste entre la extraordinaria pobreza del estilo de este arte y la riqueza del metal. Teniendo pues en cuenta estas circunstancias y las figuras paganas representadas en uno de los objetos referidos, es difícil determinar con exactitud la época á que pertenecen. Tampoco puede suponerse que hayan sido utensilios sagrados de un templo pagano, porque entónces el estilo de los adornos acusaria una época del arte, anterior á su completa decadencia. »

« Todo lo que quedaba de mas precioso en los templos paganos, cuando se extendió el cristianismo, remontaba á tiempos muy antiguos, y es imposible que el paganismo hubiera querido resucitar el lujo de su culto en una época de decadencia tan pronunciada para él, como se revela en la escultura de estos utensilios, no debiéndose atribuir al arcaísmo la incorreccion de las figuras. »

« El estilo bizantino se reconoce fácilmente; pero aquí este es uno de los raros ejemplos de los monumentos en que este estilo se encuentra aplicado á una reminiscencia de las tradiciones mitológicas por la re-

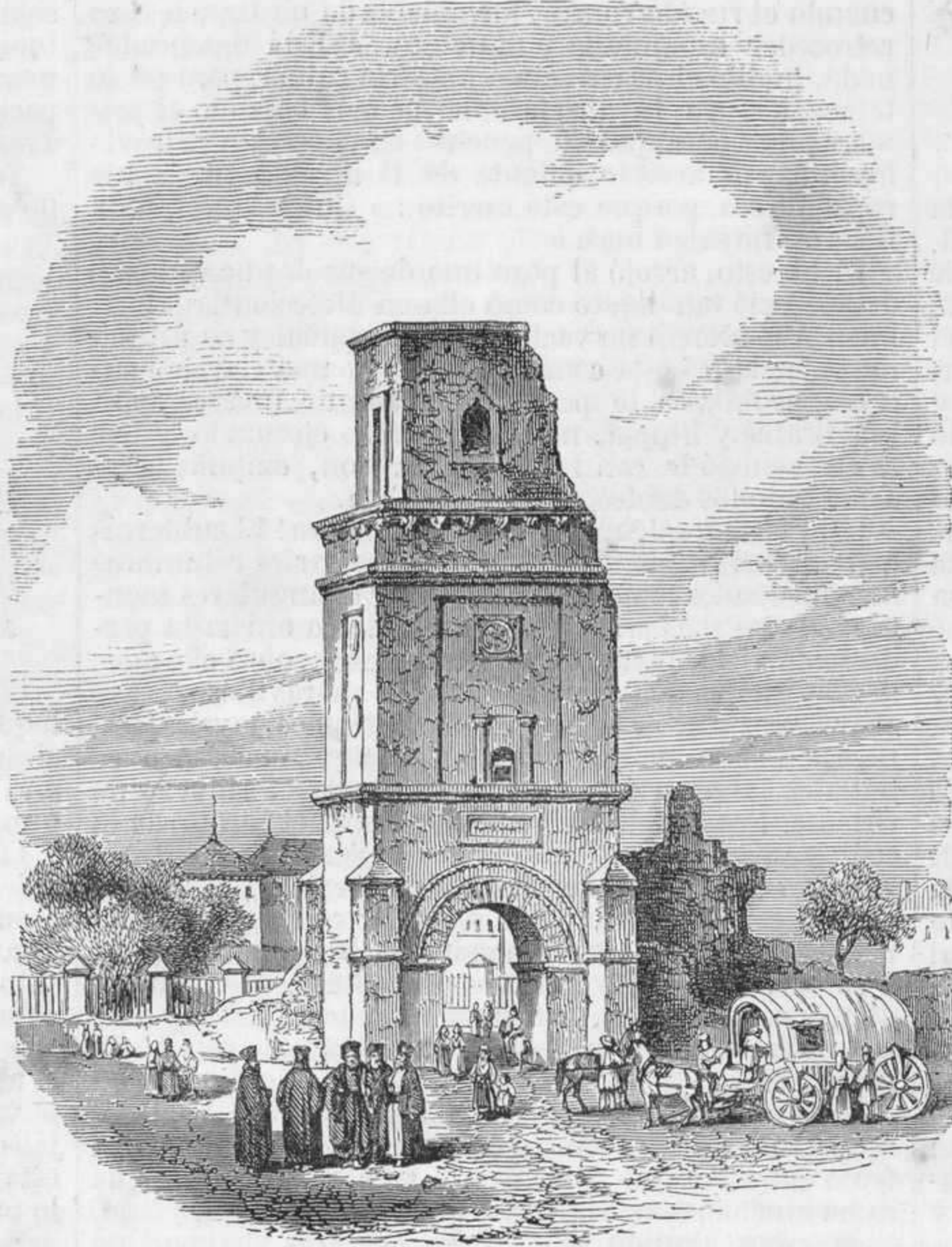


Alhajas y vasos de oro hallados en Valaquia.

presentacion demasiado grosera de las divinidades paganas.

» En vista de todo lo expuesto, debemos inclinarnos á pensar que estos ricos utensilios han sido fabricados en Constantinopla, hácia el sexto ó séptimo siglo, para regalarlos á algun jefe de las hordas de bárbaros que de las orillas del Danubio hacian sus excursiones amenazantes hasta llegar á las puertas de la nueva Roma. Los dones ofrecidos á semejantes enemigos debian satisfacer á su avaricia por la riqueza del metal y agradar á la vista por la aglomeracion de los adornos. La devocion de los césares de Bizancio hubiera cometido una profanacion entregando á los bárbaros incrédulos esculturas alusivas al cristianismo; por eso sin duda se hizo representar figuras mitológicas en las cuales querian recordarse bien ó mal ciertos atributos característicos. Es pues probable, que la figura que pulsa la lira, sea la de Apolo; la que está sentada sobre un pez, la de Neptuno; la que tiene una especie de honda en la mano y viste cota de malla, la de Marte, etc.

» En cuanto á los caractéres grabados sobre uno de los anillos, creo leer en ellos la salutacion báquica *Kære kæe pine*, ; toma y bebe!... (la primera sílaba de esta última palabra está escrita con un *epsilon* y una *x*, faltas que se encuentran hasta en los mejores manuscritos). Será preciso confesar que esta inscripcion estaria mas naturalmente colocada en una copa que en un anillo; pero yo explicaré esta rareza, suponiendo que el anillo, que puede abrirse y cerrarse, pasaba por las asas de varias copas ó tazas, sirviendo para reunir las, de modo que pudiesen presentarse juntas todas las copas que habian de servir para un cierto número de convidados.»



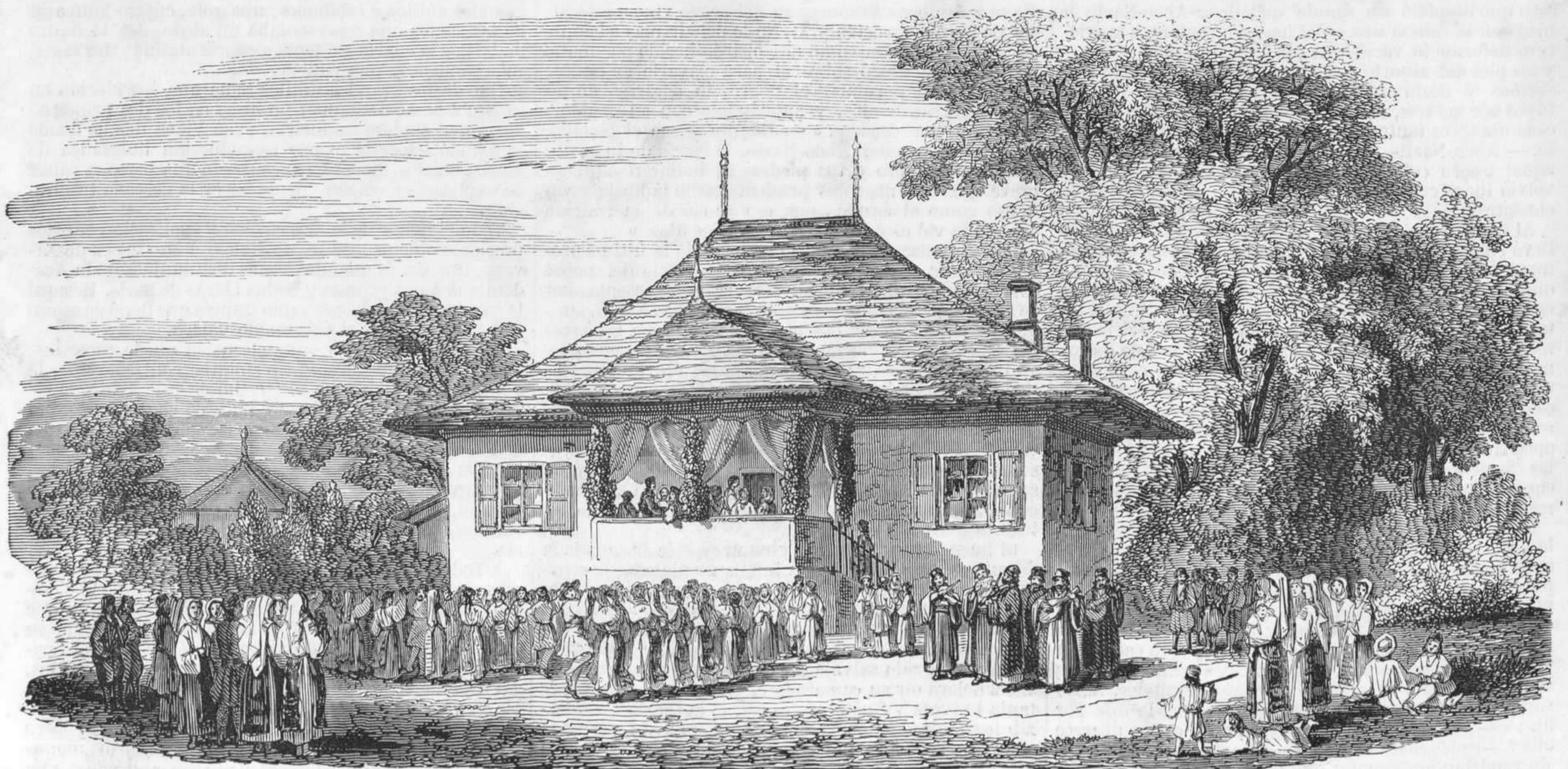
La torre de Colțea, construida por los Suecos en Bucharest.

LA TORRE DE COLTZA CONSTRUIDA POR LOS SUECOS EN BUCHAREST.

¿ No era bastante para esta tierra tan rica como desgraciada el haber sido por tantos siglos el lugar de descanso de las formidables invasiones de que hemos hablado ya? No; iun destino mas cruel la estaba reservado para última prueba, no bajo el bruto aspecto de la conquista, sino bajo el velo de la confraternidad religiosa! Nos referimos al protectorado de la Rusia.

En vano un inmortal sueco llevó en 1709 su valerosa espada al camino que de Moscou conduce á Constantinopla contra los instintos sanguinarios de las hordas rusas que permanecieron en los campos de Pultawa, una tierra de promision se reveló próxima y abundante; pero así como la vara milagrosa de Moisés hizo abrir ante los hebreos las olas del mar Rojo, de la misma manera ante la afinidad de creencias se abrió á la política de Pedro el Grande el paso á las provincias moldo-valacas.

Conocida sobradamente es la historia de Carlos XII, el cual hizo construir la torre de Colțea por ingenieros suecos durante su cautividad en Bunder. Un terrible temblor de tierra derribó en 1802 la parte superior de esta torre... Pero Dios ha querido conservarla lo bastante para decirnos todavía que hace mas de cien años un inmortal capitán que contaba muchos polacos entre sus soldados, lanzaba desde lo alto de dicha torre de modo que pudiera ser oído en toda la línea europea y asiática de la frontera rusa este grito: *Non procedes amplius!*... *No avanzarás mas.* Sí, la torre de Colțea queda en pie como símbolo de esa pulsacion que desde las orillas del Tornea hasta el fondo del Asia, pasando por Stokolmo, Varsovia, Jassy, Bucharest, Constan-



El hora, baile nacional valaqués.

tinopla, el Cáucaso, el Líbano y Alejandria se siente de un modo capaz de inspirar vivas inquietudes al coloso de Moscou.

EL DOROBANTZ.

¡Loor eterno al recuerdo militar que representa ese ciudadano soldado!... á ese resto venerable de las milicias atrevidas que desde el siglo trece al diez y siete defendieron el Occidente contra las terribles invasiones del Este y del Mediodía. Unido siempre á las falanjes húngaras y polacas, no ha cesado de ser uno de los anillos de esas cadenas formidables que forjadas bajo los golpes de una fe religiosa, entonces viva y militante, sirvieron de apoyo á la cristiandad.

Su nombre, enteramente sueco, anuncia que combatió tambien en las filas de Carlos XII, y que la Europa moderna podría oponerle aun á las invasiones moscovitas. La palabra *dorobantz* no es mas que un grito de guerra de los *trabants* suecos, sacada de la voz *traba* (caminar al trote)... Efectivamente en aquellas terribles escenas de la guerra de los treinta años, el cuerpo de caballería de los *trabants*, de que conserva la imagen el *dorobantz*, tenia la fama de llegar siempre al acto final para decidir la cuestion.

Condottiero durante mucho tiempo, bandido algunas veces por desesperacion, famoso siempre como el húngaro *pandour*, la política moderna ha encontrado medio de hacer de ese *dorobantz*, salido de tantas cosas grandes y heroicas, un inválido que se emplea ya en servir al fisco, ya en la policia, ya en componer la escolta de honor de los cónsules de las mismas potencias á quienes él ha socorrido en otro tiempo y que hoy le abandonan.

LA CAZA EN LAS STEPPAS.

Uno de los placeres que un extranjero puede disfrutar en la Moldo-Valaquia es el de la caza, y esto se comprende bien. La caza es abundante en aquel país donde rara vez los propietarios son cazadores. La guerra contra el enemigo ó contra las bandas de malhechores ha ocupado allí tanto tiempo la atencion, que hasta hace diez ó doce años nadie ha comprendido como un arma de fuego pudiera ser objeto de diversion.

Por otra parte, la caza, lo mismo que la música, y el arte de trabajar los metales, son cosas miradas allí con desprecio, por la razon de haberse dedicado exclusivamente á estos oficios los gitanos. Así cuando un extranjero manifiesta allí deseos de cazar, las personas de buen tono le suplican que no haga semejante cosa, diciéndole que si tiene gana de liebres ó perdices, ellos enviarán á sus criados á cazarlas.

Hay en la Moldo-Valaquia muchos géneros de caza; pero los naturales del país, mas intrépidos que verdaderos cazadores, suelen ser con frecuencia víctimas de la ferocidad de los lobos y de los osos, cuando no de sus propias armas. Así hablaremos aquí solamente de la caza en las *Steppas* la cual forma uno de los mas agradables recuerdos que un cazador valiente y apasionado de la naturaleza puede conservar durante su vida. ¡Qué felicidad para un habitante de las grandes ciudades la de encontrarse en un terreno de doscientas ó trescientas leguas cuadradas, pudiendo decir: «Aquí yo soy rey, tengo conmigo mi escopeta, mis fieles perros... y delante de mí... todos los animales de la creacion... todos, ¡ménos el guarda bosque!

Nunca pasan los primeros dias de abril sin ver llegar por el lado de Oriente caballos de posta conduciendo hombres pertrechados de todo lo neces-



Pleisches, cazadores en las montañas.



Descanso de la caza en las Steppas.



Dorobantz, distrito de Romanatz. — Tirgorichs, — Slatina.

sario para la caza. Estos hombres son los agentes y cónsules generales de Francia, de Inglaterra y de Austria, que á los primeros albores de la primavera van á desquitarse de sus tareas y meditaciones. A las cuatro ó cinco horas de camino llegan al pueblo llamado *Tamadeo*, donde desde tiempo inmemorial residen los abastecedores de los *hospodars*, y allí vuelven á verse con satisfaccion los cazadores que no se habian visto desde el año anterior; allí preparan nuevos placeres, en una palabra, allí toman nuevamente posesion de la *Steppa*.

No es todo rosas en la caza que vamos á describir. Desde luego puede contarse con que no hay otro abrigo que un pobre carro entoldado, ni se ve un rostro femenino, ni algunas veces se encuentra fuego, y por lo tanto no hay comida caliente; pero en cambio hay otros goces propios de aquel cielo encantador. Otro de los inconvenientes está en la naturaleza de aquel desierto mudo como la superficie del mar donde los animales se mantienen quietos en sus guaridas, de modo que es difícil verlos como no sea por indicacion del inteligente guia. La pieza que el cazador logra ver, ve tambien al cazador, y al momento corre ó vuela, siendo muy difícil darla alcance. La que ha de caer es aquella que obediendo á la dulce ley de la primavera, arregla pacíficamente los mas caros intereses de la luna de miel. El arte del cazador consiste pues en saber aprovechar esta época en que los animales obedecen al instinto de la reproduccion. Ahora bien, el acceso de dichos animales no es posible sino por medio de la carreta de los aldeanos vecinos de la *Steppa*, y aun asi es preciso que los cazadores se oculten bien bajo un toldo preparado al efecto, cuidando de no hacerse sospechosos por el menor ruido ó movimiento.

Cuéntase para todo con el admirable instinto del guia que durante el tiempo de vuestra permanencia en aquel desierto, es á la vez vuestro cochero, vuestro amigo, vuestro criado, vuestro cazador, vuestro cocinero, y con frecuencia vuestro compañero de cama. Una mirada, un gesto de este hombre, dice todo lo que el cazador debe entender y ejecutar.

Así pasan algunas semanas los agentes consulares de las primeras potencias europeas, y nadie se queja por eso. Allí en aquellas soledades, testigos mudos de tantas lecciones políticas, los diplomáticos suelen hallar la solucion de alguna de las cuestiones que agitan al mundo. Además, allí tambien los representantes de las mas poderosas naciones se mezclan con los pobres aldeanos y les dejan alguna utilidad.

Pero hablemos de la caza. Es la hora de amanecer cuando cada tirador sale bajo la tutela de un *rumun* sin saber á donde va, ni lo que ha de hacer. Solo sabe que á eso de medio dia y al anochecer ha de hallar á sus compañeros en un punto del horizonte de que su guia tiene el secreto. Pronto desaparecen todas las habitaciones humanas, al cabo de algunos dias el cazador se encuentra por la parte mas corta á treinta leguas del pueblo mas cercano. Colocado en la susodicha posicion horizontal, viaja entregándose á las dulzuras del sueño hasta que la febril agitacion del guia anuncia que la caza está cerca; pues el cochero tiene vista de águila, oído de tísico... y algo mas que todo esto, tiene olfato de perro perdiguero. *Domnule*, exclama, *¡aich ieste iepori!* — *aquí hay una liebre.* — El cazador se incorpora contento de ver que empieza la caza, y regularmente ve... que no ve absolutamente nada, porque la liebre, cuyo color se confun-

de con el de la tierra, parece enclavada en su cama.

Entonces empieza una escena de pantomima entre el guía que hace mil señas, y el cazador que no comprende ninguna, hasta que uno y otro deciden bajarse del carro, empezando el cocheró a cruzar el látigo en el aire á manera de postillon, visto lo cual por la liebre, procura esconderse debajo de la tierra, mas bien que huir, y en este momento puede el cazador hacer la puntería á su gusto.

Vuelven los hombres á su carro: el guía entonces dice: « ¡Domnule, aich! » es decir, por aquí, caballero, y el cazador ve en medio de los matorrales un ave del tamaño de un avestruz, que lanza una mirada como pidiendo compasion, y la excita realmente. Pero el cazador tira sin tocar algunas veces á una sola pluma, cosa que produce en el guía un sentimiento de desden mas que de indignacion.

De pronto este echa un galope, diciendo: « ¿No ve Vd. un enorme lobo que se ha levantado á quinientos pasos de nosotros? » Y pintar entonces la agitacion, los ademanes de aquel hombre, seria como pretender tomar al daguerreotipo una galop del baile de la grande ópera. El lobo espera, el cazador le acierta ó no le acierta, pero tira, y alguna vez ocurre ver revolcarse á un lobo entre su sangre sin que muera por eso, pues ya ha sucedido atravesar á un lobo de un balazo, dejarle tendido, y sin embargo huir para no dejarse ver mas la fiera que habia tenido tiempo para lamerse la herida y reparar sus fuerzas.

Por fin, los cazadores se reunen á una hora dada, y cada cual refiere sus aventuras, que no deja de haberlas singulares en toda cacería. Añadid á todas estas emociones el encanto de esa vida llena de zozobras, la idea de una caza abundante, los huracanes que se levantan cuando ménos se esperan, las grandes bandadas de aves que cruzan por el aire, las historias de los bandidos que por allí han dejado impresa la huella de sus hazañas, el paso frecuente de lobos rabiosos que destrozan todo lo que encuentran, y el descanso, en fin, despues de pasar algunos dias en esta vida de *Mongol*, en alguna poblacion donde vuelven á encontrarse la comodidad, los encantos de la danza, todo lo que ofrece mas atractivos en la sociedad, y esto bastará para animar á cualquiera á gozar de aquellos placeres.

P. B.

La hija de Rapaccini.

CUENTO FANTÁSTICO DE NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Mucho tiempo habia trascurrido desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni. Una mañana se vió desagradablemente sorprendido por la visita del profesor, en quien habia pensado raras veces durante semanas enteras, y á quien hubiera olvidado del todo con mucho gusto. Presa como era de una prodigiosa excitacion, no podia soportar la sociedad de los que no se hallaban en perfecta armonía con su presente estado: y no era de esperar tal armonía del profesor Baglioni.

Comenzó este por hablar indiferentemente de los rumores de la ciudad, y en seguida se lanzó en otro asunto.

— He leído poco hace un autor clásico antiguo, dijo, y he hallado en él una historia que me ha interesado singularmente. Quizás la recuerde á Vd. Se trata de un principe indio que regaló una hermosa mujer á Alejandro Magno. Era seductora como la aurora, y magnífica como el sol de Occidente; pero lo mas notable que tenia era el perfume de su aliento, perfume mas exquisito que el que se aspira en un jardín de rosas de Persia. Alejandro, — cosa muy natural en un jóven conquistador, — se enamoró al primer golpe de vista de la encantadora desconocida. Pero un médico sagaz, allí presente, descubrió en ella un secreto terrible.

— ¿Y qué secreto era ese? preguntó Giovanni bajando los ojos.

— Esa bella mujer, continuó el profesor, esa bella mujer habia sido criada con venenos desde su nacimiento, y estaba tan penetrada de ellos, que se habia convertido ella misma en el mas mortal de los venenos. El veneno era su elemento vital. El rico perfume de su aliento emponzoñaba el aire. ¡Su amor hubiera sido un veneno! ¡sus abrazos mortales!... ¿No es una historia maravillosa?

— Una fábula para niños, dijo Giovanni levantándose con impaciencia. Me admira que Vd. que se ocupa de estudios tan serios, gaste el tiempo leyendo tales desatinos.

— ¡Caramba! dijo el profesor mirando con inquietud al rededor suyo, ¿qué olor tan particular se siente en este cuarto? ¿Es el perfume de vuestros guantes? Ligero es, delicioso, pero desagradable, sin embargo, si tuviera que respirarlo con frecuencia, creo que me haría daño. Parece el aroma de una flor... pero yo no veo flores en esta habitacion.

— Porque no las hay, repuso Giovanni palideciendo; creo que es una aprension de Vd. El recuerdo ó el pensamiento de un perfume nos hace creer fácilmente en su realidad.

— Sí, pero yo no estoy tan sujeto á tales aprensiones;

y si debiera pensar en un olor, seria en el de alguna droga innoble de botica, con que mis dedos podian estar impregnados. Dicen que Rapaccini impregna sus medicamentos de perfumes mas suaves que los de Arabia. Sin duda la hermosa y sabia Beatriz administraría á sus enfermos bebidas tan dulces como un aliento virginal; ¡pero desgraciado del que las bebiera!

La cara de Giovanni pintaba las diversas emociones que lo agitaban. El tono del profesor al aludir á la pura y radiante hija de Rapaccini le oprimía el corazon, y no obstante esta suposicion iluminó mil sombras sospechosas, que como otros tantos demonios, se pusieron á hacerle horribles gesticulaciones. Pero se esforzó por rechazarlas, y contestó con la confianza de un enamorado:

— Señor profesor, Vd. ha sido amigo de mi padre... tal vez tiene Vd. intencion de serlo de su hijo. Con el mayor respeto, pues, ruego á Vd. que no me hable Vd. de esto. No conoce Vd. á Beatriz, no puede Vd. comprender la injuria, la blasfemia, iba á decir, de que se hace Vd. culpable hablando de ella de una manera ofensiva, ó al ménos ligera.

— ¡Pobre Giovanni! replicó el profesor con compasion, conozco á esa desgraciada niña mejor que Vd. Es preciso que le diga á Vd. la verdad acerca del envenenador Rapaccini y su venenosa hija. Sí, tan venenosa como bella, porque aunque atentara Vd. contra mis canas, no lograria Vd. imponerme silencio; La fábula de la India se ha realizado en Beatriz, gracias á la ciencia profunda y mortal de Rapaccini!

Giovanni lanzó un gemido, y ocultó el rostro.

— El amor natural de un padre hacia su hijo, continuó Baglioni, no bastó para impedir que ofreciera su hija como víctima de su pasion insensata por la ciencia. Porque, — hagámosle justicia, — jamás un amante verdadero de la ciencia destiló su propio corazon en un alambique. ¿Qué destino, pues, le puede aguardar á Vd.? No hay duda que será Vd. sometido á algun experimento cuyo resultado será quizás la muerte... ó algo aun mas terrible. Cuando tiene por delante lo que él llama el interés de la ciencia, Rapaccini no vacila.

— ¡Eso es un sueño, murmuró Giovanni, un verdadero sueño!

— Pero anímese Vd., todavía estamos á tiempo de socorrerlo á Vd. Quizás lograremos restituir á esa desgraciada criatura á los límites ordinarios de la naturaleza, que le ha hecho traspasar la locura de su padre. Vea Vd. este vaso de plata; es obra de Benvenuto Cellini, y digno de ser ofrecido á la dama mas hermosa de Italia como presente de amor. Pero su contenido es de un valor inapreciable. Algunas gotas de este antídoto hubieran neutralizado los mas violentos venenos de los Borgias. No dude Vd. de su eficacia contra los de Rapaccini. Dad á vuestra Beatriz este vaso y su precioso licor, y esperad con confianza el resultado.

Baglioni puso en la mesa el precioso frasco, y se retiró dejando que sus palabras obraran en el espíritu del jóven.

— Derrotarémos á Rapaccini, pensó riendo mientras bajaba la escalera, pero confesemos que es un hombre admirable... Y sin embargo, no es mas que un empírico; por esta razon no pueden tolerarlo los que respetan las buenas tradiciones de la ciencia médica.

En sus entrevistas con Beatriz, Giovanni, como ya lo hemos dicho, habia sido algunas veces atormentado por sombrías sospechas. Pero ella se habia presentado con tal sencillez y naturalidad, tan cariñosa y sincera, que el retrato hecho por Baglioni le parecia tan extraño é increíble, como si jamás hubiera creído en sus primeras impresiones. Sí, horribles recuerdos iban unidos á aquella jóven encantadora; Giovanni no habia olvidado el ramillete que se marchitó en la mano de Beatriz, ni la mariposa que murió sin mas causa visible que el perfume de su aliento. Por otra parte, estos incidentes, disolviéndose en el esplendor purísimo de la niña, no tenían á los ojos de Giovanni valor real, y solo le parecian imaginaciones falaces, á pesar del testimonio de sus sentidos.

Hay cosas mas ciertas que lo que vemos con los ojos, mas reales que lo que tocamos con los dedos. En una de esas habia fundado Giovanni su confianza en Beatriz, aunque era mas bien en la fuerza irresistible de las nobles cualidades de esta, que en la fe profunda y generosa que á él lo animaba. Pero en este momento, su espíritu era incapaz de sostenerse á la altura de su primer entusiasmo amoroso; cayó por tierra, dudó y arrastró por el suelo la blancura de la imagen de Beatriz. No renunciaba á ella, pero desconfiaba. Quiso obtener una prueba decisiva, que lo convenciera de la existencia de aquellas terribles singularidades, que él no podia admitir en una naturaleza física, sin cierta monstruosa analogía con su naturaleza espiritual. A la distancia en que él se hallaba, sus ojos podian haberse engañado con respecto al lagarto, á la mariposa y al ramillete. Pero si podia ver de cerca marchitarse subitamente flores frescas en la mano de Beatriz, ya no habia lugar á la duda. Corrió, pues, á una tienda de flores, y compró un ramillete, donde brillaban todavía las gotas del rocío de la mañana.

Era la hora de su entrevista diaria con Beatriz. Antes de bajar al jardín, Giovanni se compuso un poco al espejo, vanidad natural de un muchacho, pero que denotaba cierta ligereza de sentimientos, y tal vez falta de sinceridad en el instante en que estaba tan inquieto y turbado. Al mirarse juzgó que sus facciones no habian estado nunca mas graciosas, sus ojos mas brillantes, sus mejillas animadas por mas superabundancia vital.

— A lo ménos, su veneno no se ha infiltrado en mi economía. Yo no estoy como la flor que se marchita en sus manos.

Al mismo tiempo miró al ramillete que tenia en la mano. Un estremecimiento de indefinible horror recorrió todo su ser, cuando vió que aquellas flores, aun cubiertas de rocío, inclinaban ya la cabeza; parecían como cortadas la víspera. Giovanni palideció, y se quedó como petrificado ante el espejo, mirando horrorizado su propia imagen. Recordaba la observacion de Baglioni respecto del perfume que le pareció sentir en el cuarto. ¡No podia ser otra cosa que el veneno de su aliento! ¡Tembló entonces, y tuvo horror de sí mismo! Cuando volvió de su estupor, se puso á examinar con curiosidad á una araña que tejía su tela en la antigua cornisa de su habitacion. Era la araña mas vigorosa y activa que habia visto suspendida de un techo. Se acercó á ella, y lanzó un largo y profundo suspiro. La araña suspendió en seguida su trabajo; la tela osciló á causa de un temblor producido por el cuerpo del pequeño artesano. Giovanni lanzó otro suspiro mas largo y profundo, un suspiro impregnado del veneno de su corazon; no sabia si era maldad, ó solo desesperacion. La araña reunió sus patas convulsivas, y cayó muerta delante de la ventana.

— ¡Maldito, maldito! murmuró Giovanni hablando consigo mismo. ¿Te has hecho tú tan venenoso que tu aliento baste para hacer perecer á ese insecto venenoso?

En este instante, una voz melodiosa y tierna subió del jardín.

— ¡Giovanni, Giovanni, ya es hora! ¿porqué tardas? ¡Baja!

— Sí, murmuró él, ella es la única criatura para la cual no es mortífero mi aliento. ¡Yo quisiera que fuera lo mismo para ella!

Giovanni se apresuró á bajar, y al punto se encontró cara á cara con Beatriz, con los ojos brillantes de amor. Un momento antes, su cólera y su desesperacion habian sido tales, que habia podido desear matarla con la vista; pero en su presencia se veia sometido á muchas influencias reales para poder sustraerse á ellas inmediatamente. El recuerdo del poder amable de aquel carácter de mujer habia derramado tantas veces en su alma una religiosa tranquilidad, el recuerdo de tantas y tan tiernas efusiones habia separado la piedra que cubria el manantial de su corazon, permitiendo á los ojos de su espíritu el penetrar sus transparentes profundidades, y si Giovanni hubiera sabido apreciar aquellos recuerdos, ellos le hubieran demostrado que todo aquel horrible misterio no era mas que una ilusion grosera, y que, á pesar de la oscura niebla que parecia envolverla, la verdadera Beatriz era un ángel del cielo. Aunque fuera incapaz de esta sublime confianza, la presencia de Beatriz no habia perdido todavía todo su influjo. El furor de Giovanni se apaciguó en una silenciosa insensibilidad. Beatriz adivinó al momento que habia entre los dos un abismo. Paseáronse juntos y taciturnos, y llegaron así á la fuente de mármol y al estanque en medio del cual crecia el arbusto de las flores de rubies. Giovanni se asustó del deleite sensual, del apetito con que se sorprendió á sí mismo aspirando el perfume de aquellas flores.

— ¿De dónde viene ese arbolito? preguntó Giovanni de repente.

— Mi padre lo ha criado, respondió la jóven con sencillez.

— ¡Criado, criado! repitió Giovanni. ¿Qué quiere Vd. decir con eso, Beatriz?

— Que es un hombre que ha penetrado hasta el fondo de los secretos de la naturaleza; y á la hora en que yo aspiraba el aire por la vez primera, esa planta nació, hija de su inteligencia, como yo lo era de su carne... ¡No se acerque Vd. á ella! continuó Beatriz, observando con terror los movimientos de Giovanni. Tiene propiedades que Vd. no sospecha... Mi querido Giovanni, yo he crecido y florecido con ella, y me he nutrido con sus emanaciones. Ella era mi hermana, y yo la amaba con afecto humano, porque, ¡ay! ¿no lo has adivinado?... ¡Había una suerte terrible!...

Giovanni la dirigió en este punto una mirada tan sombría, que se paró toda temblando. Pero la confianza que tenia en su ternura, la hizo ruborizarse de haber dudado un instante de él.

— Había una suerte terrible para mí, continuó ella. El amor fatal de mi padre á la ciencia me habia separado de todo el mundo. Hasta el momento en que te envié el cielo, querido Giovanni, ¡oh, en qué aislamiento ha vivido la pobre Beatriz!

— ¿Esa suerte era muy rigorosa? preguntó Giovanni fijando en ella la vista.

— Hasta hace muy poco no he conocido todo su rigor, respondió ella con ternura. Sí, porque mi corazon estaba sumido en una especie de entorpecimiento, que le permitia vivir tranquilo.

El furor de Giovanni brotó de su sombría tristeza como sale un relámpago del seno de una negra nube.

— ¡Maldita seas! gritó él con el veneno de la cólera y el desprecio. ¡Y porqué te ha parecido enojosa la soledad, me has separado á mí de todo calor vital, y me has arrastrado á la region de inexplicable horror en que tú vivías!

— ¡Giovanni! exclamó Beatriz volviendo hacia él sus brillantes ojos.

No habia comprendido aquellas palabras, pero su violenta expresion la habia aterrado.

— Sí, ¡criatura venenosa! repitió Giovanni con cólera; ¡mira lo que has hecho! ¡Me has marchitado; me has llenado las venas de veneno; me has hecho tan

repugnante, tan horrible como lo eres tú misma, que eres un monstruo de horror! ¡ Bueno! ¡ Si tenemos, pues, la fortuna de que nuestro aliento nos sea tan mortal como lo es á los otros, unamos nuestros labios en un beso de inefable odio, y muramos así!

— ¿Qué me ha sucedido? murmuró Beatriz con un gemido que salió de lo profundo de su corazón. ¡ Virgen Santísima, tened piedad de esa desgraciada criatura!

— ¡ Tú rezas, gritó Giovanni con el mismo infernal desprecio. ¡ Tus oraciones, al salir de tu boca, infestan la atmósfera mortalmente! ¡ Sí, sí, oremos! ¡ Vamos á la iglesia, y mojemos los dedos en la pila del agua bendita! ¡ Los que vengan detrás, morirán envenenados como nosotros! ¡ Hagamos cruces en el aire, y esparcámos maldiciones bajo la apariencia de este símbolo sagrado!...

— Giovanni, dijo Beatriz con calma, porque su dolor sofocaba todo enojo, ¿porqué te unes á mí con tan terribles palabras? Yo soy esa cosa horrible que tú dices, ¡pero tú!... Después de haber temblado una vez mas al aspecto de mi triste suerte, ¿tienes mas que hacer sino salir del jardín para mezclarte con tus semejantes, y olvidar que se arrastra por la tierra un monstruo como tu pobre Beatriz?

— ¿Tú finges ignorancia? le dijo Giovanni con mirada amenazadora. ¡ Mira el poder que me ha comunicado la hija de Rapaccini!

Un enjambre de mosquitos revoloteaba en el aire, buscando el pasto que les prometía el perfume de las flores de aquel jardín fatal. Formaban remolinos al rededor de la cabeza de Giovanni, atraídos evidentemente por el mismo influjo que los había guiado junto á muchas de aquellas plantas. Exhaló su soplo hácia ellos, y sonrió amargamente á Beatriz viendo caer muertos gran número de insectos.

— ¡ Lo veo, lo veo! exclamó Beatriz, la ciencia de mi padre ha producido eso. No, Giovanni, no soy yo. ¡ Jamás, jamás! Todo mi sueño ha sido amarte, permanecer un poco de tiempo contigo, y dejarte partir, guardando tu imagen en mi corazón. Porque, créelo, Giovanni, aunque mi cuerpo haya sido criado con venenos, Dios ha criado mi alma, y ella pide un poco de amor, como su pan cotidiano. ¡ Pero mi padre!... Él es quien nos ha unido en tan cruel simpatía. ¡ Sí, desprecíame, máteme!... ¿Qué es la muerte después de las palabras que han salido de tu boca? ¡ Pero no digas que soy yo! Yo no lo hubiera hecho ni por una felicidad eterna.

El furor de Giovanni se había exhalado con aquellas exclamaciones apasionadas, y fué reemplazado por el sentimiento doloroso y tierno de las relaciones íntimas y particulares que existían entre Beatriz y él. Parecían aislados en medio de un desierto, que no pudiera dejar de serlo con un inmenso concurso de gentes. ¿No debía aquel aislamiento unir mas estrechamente aquella desgraciada pareja? Si ellos se odiaban, ¿quién nos amaría? Además, pensó Giovanni, ¿no podía volver él á los límites de la naturaleza, conduciendo por la mano á Beatriz, salvada por él? ¡ Oh, espíritu débil, indigno y egoísta! ¿puedes creer en una dichosa unión en la tierra, después de haber ultrajado un amor tan profundo como el de Beatriz? No, no, ya no hay esperanza. Es menester que ella traspase, triste y con el corazón hecho pedazos, los límites de este mundo; es menester que lave sus heridas en alguna fuente del paraíso, para que olvide sus penas en el esplendor de la inmortalidad. ¡ Allí encontrará su felicidad!

Pero Giovanni no lo sabía.

— Querida Beatriz, dijo él acercándose, mientras ella se apartaba como siempre, aunque ahora por otro motivo; querida Beatriz, nuestra suerte no es tan desesperada. Mira un remedio poderoso y casi divino, según me ha asegurado un médico muy sabio, compuesto de ingredientes contrarios á los que ha empleado tu padre para reducirnos á los dos á tan terrible estado. ¡ Bebamos juntos para purificarnos del veneno que tenemos!

— ¡ Oh, dámelo! dijo Beatriz alargando el brazo para coger el frasco. Y después añadió con un tono particular: ¡ Yo voy á beber..... pero tú, aguarda el resultado!

Llevóse ella á los labios el antídoto de Baglioni. En el mismo momento aparecía Rapaccini en el umbral, y se dirigió hácia la fuente de mármol. Al acercarse, el pálido amigo de la ciencia miró con aire de orgullo á la encantadora pareja; se le hubiera creído un artista que, después de haber pasado su vida haciendo un cuadro, ó un grupo de estatuas, está por fin satisfecho de su triunfo. Se detuvo... su cuerpo encorvado se enderezó... y extendió la mano sobre los jóvenes, con el gesto de un padre que implora del cielo una bendición para sus hijos. ¡ Pero aquella mano era la misma que había derramado el veneno en el río de sus vidas! Giovanni tembló, Beatriz se estremeció convulsivamente, y puso la mano en su corazón.

— ¡ Hija mía, dijo Rapaccini, ya no estás sola en la tierra! Corta una preciosa flor de esa planta, tu hermana, y ruégale á tu novio que la reciba como signo de tu amor. Ahora ya no le hará daño. Mi ciencia y la simpatía que existe entre vosotros han tenido por resultado el levantarlo sobre el común de los hombres, como tú, hija, que eres mi orgullo y mi triunfo, eres superior al común de las mujeres. Proseguid, pues, vuestro camino en medio del mundo, adorándoos mutuamente, ¡ y terribles para cuantos se acerquen á vosotros!

— Padre mio, dijo Beatriz con voz débil, con la mano apoyada siempre en su corazón, ¿porqué ha infligido Vd. á su hija tan desgraciada suerte?

— ¡ Desgraciada! repitió Rapaccini. ¿Qué quieres decir, niña loca? ¿ Piensas que es una desgracia estar dotado de dones maravillosos contra los que se estrellarían la fuerza y el poder del enemigo mas poderoso? ¿ Desgraciada, cuando tú puedes hacer perecer con un soplo al ente mas robusto? ¿ Desgraciada, porque eres tan temible como hermosa? ¿ Preferirías tú la condición de una débil mujer expuesta á todos los ultrajes, é incapaz de vengarte?

— Yo hubiera querido ser amada y no temida, dijo Beatriz cayendo al suelo. Poco importa ya, padre, porque me voy á donde el mal que te has empeñado en mezclar con mi ser, pasará como un sueño.... como el perfume de esas flores venenosas que no funcionará mas mi aliento entre las flores del Eden..... ¡ Adios, Giovanni! tus palabras de odio pesan como plomo en mi corazón; pero ellas también caerán cuando yo me levante. ¡ Oh! ¿ no ha habido, desde el primer día, mas veneno en tu naturaleza que en la mía?

Así como el veneno había sido la vida de Beatriz, el antídoto poderoso fué su muerte; de tal modo había sabido trabajar el arte de Rapaccini la materia perecedera. Así murió, á los pies de su padre y de Giovanni, la pobre víctima del ingenio del hombre, de la naturaleza contrariada, y de la fatalidad que acompaña á todos los esfuerzos de una sabiduría pervertida.

En este instante, el profesor Pietro Baglioni se asomó á la ventana de Giovanni, y con aire de triunfo, mezclado de horror, gritó al sabio anonadado:

— ¡ Rapaccini, Rapaccini! ¿ es ese el resultado definitivo de vuestra experiencia?

Napoleon en la escuela militar de Brienne.

Imposible es negar de buena fe que las pretensiones de Lavater y Gall se fundan en observaciones, cuando no infalibles, al ménos muy probables. Juzga el primero de las pasiones y carácter del hombre, por los rasgos de la fisonomía; y el segundo pretende obtener igual resultado por medio del estudio de las protuberancias craneológicas. Ambos deducen que el hombre al nacer trae consigo una vocación especial, de la que no puede apartarse sin hacerse inútil; mientras que si la conociera y á ella se dedicara, prestaría á la sociedad los servicios mas eminentes, y adquiriría para sí inmortal gloria. Esta doctrina, por mas ejemplos plausibles que cite en su apoyo, nos conducirá á creer en la fatalidad ó en la predestinación; y de consiguiente nosotros no la adoptamos; pero si convenimos en que á muy luego de haber nacido el hombre, se desarrollan en él ciertos órganos con mas facilidad que otros, y que por consiguiente es mas apto para unas ciencias que para otras, mas capaz de sobresalir en un oficio ú arte que en otro; siendo el desarrollo de aquel ó aquellos órganos tanto mas fuerte, cuanto es mas análoga á su índole la educación que recibe, pues sucede con las facultades físicas del hombre, lo que con las plantas, que pierden su lozanía y virtudes, siempre que el terreno ó cultivo que reciben no es el que las conviene.

La dificultad está en conocer á tiempo esta predisposición natural, á fin de darla una dirección competente. La casualidad en ciertos casos, aunque raros, la revela; y entonces es un fácil deber aprovecharla. Por eso el magisterio es el mas noble y respetable, á la par que difícil, de todos los cargos sociales: por eso los encargados de dirigir la juventud deben unir á la mas sutil perspicacia, la mas constante observación, á fin de distinguir ó adivinar para cuál de las ciencias es un niño apto, para que carrera le predispuso la naturaleza.

De esta verdad, la historia contemporánea nos presenta un ejemplo. Hácia fines de 1788 se hallaba Napoleon Bonaparte en la escuela militar de Brienne. Fué aquel un invierno muy crudo y abundantísimo en nieves. Los alumnos se divertían en hacer bolas con ella. Pero Bonaparte los reunió y propuso que organizaran dos ejércitos, de los cuales el uno defendería un fuerte que se colocaría en el centro del patio mayor, mientras que el otro le atacaría, no empleando en el ataque y defensa otros proyectiles sino pelotas de nieve. Los cadetes convinieron gustosos en ello, y Bonaparte, como era de esperar, fué nombrado por unanimidad comandante general de los sitiadores. Determinóse el día y hora del combate, y cada cual se ocupó en los preparativos necesarios. Muy pronto se elevó en el patio la fortaleza convenida, dentro de la cual se colocaron abundantes municiones. Los sitiadores, con la misma nieve trazaron sus líneas de circunvalación, caminos cubiertos, parapetos, etc. Llegó el día convenido, y el ataque principió. Disputóse la victoria con encarnizamiento, y se mantuvo indecisa largo tiempo. Las pelotas de nieve, arrojadas de una y otra parte, eran tan numerosas y se lanzaban con tal fuerza, que encontrándose en el aire, se deshacían y formaban una especie de lluvia de nieve muy espesa que cubría á los combatientes. Al fin las disposiciones estratégicas y el valor del niño Bonaparte triunfaron de los esfuerzos de sus enemigos, los cuales después de haber disputado el terreno palmo á palmo, tuvieron que rendirse.

Napoleon entró vencedor en el fuerte, convertido en lodazal.— Tal fué el primer triunfo de aquel joven, que debía un día hacerse dueño de casi toda la Europa, llenando al mundo entero de terror y asombro.

Dícese que un viejo profesor que se hallaba presente á aquella batalla infantil, al ver el triunfo del joven Napoleon, no pudo ménos de abrazarle, exclamando:

Mucho me engaño, hijo mio, si algun dia no llegas á ser general en jefe.

Proféticas fueron aquellas palabras. El joven alumno de Brienne salió del colegio de teniente de artillería, y por una serie de acontecimientos extraordinarios, unidos á su prodigiosa disposición natural, llegó sucesiva y rápidamente á ser general, generalísimo, consul y emperador.

Cuarenta años después, cuando los inmutables decretos de la Providencia colocaron al coloso francés en el árido peñasco de Santa Elena, el exemperador se acordaba aun de las balas de nieve de la escuela de Brienne, y por de contado de la predicción á que dieran lugar. Siempre que este recuerdo se reproducía, derramaba amargas lágrimas, que no procuraba ocultar, porque sentía profundamente la inmensidad de su desgracia. Su caída había sido tan profunda, como alta fuera su elevación. Su insaciable ambición le había hecho perder en pocas horas de fortuna adversa, el trono mas importante de Europa, la patria, la libertad, y un hijo á quien amaba tiernamente.

Una visita

Á SANTA MARTA DE TARASCON, PASANDO POR EL PRADO DE BEUCAIRE.

... Apénas había desaparecido el palacio de los papas de Aviñon entre la nube de humo que dejaba atrás de sí el vapor, cuando apercibimos á Beaucaire y á Tarascon; el primero, ruidoso como un día de fiesta, el otro mudo como una tumba.

Siempre he tenido afición á los contrastes, y este era admirable. Me propuse estudiar las causas de él. Pero no hay que asustarse; mis observaciones filosóficas,— si acaso las hago,— las guardo para mí, y solo doy al lector un artículo descriptivo.

Un inconveniente, sin que yo sepa cual, detuvo nuestra marcha á algunos centenares de pasos de estas dos ciudades, y ciertamente que lo celebré, porque ahorrándonos el trabajo de buscarlo, y dejándonos el placer de la sorpresa, la casualidad nos presentó de repente un cuadro delicioso.

El Ródano, ancho como un brazo de mar, rápido como un torrente, verde como la esmeralda, huía ante nosotros; barcos de toda especie lo surcaban, tartanas, vapores, góndolas y goletas, á la derecha un puerto, sus mil gallardetes al viento y sus maniobras aturdidoras; á la izquierda muelles solitarios y bosquecillos misteriosos; á un lado el ejército de la industria asaltando una ciudad; al otro, jardines floridos, campos cubiertos de mieses, las Alpinas tapizadas de viñas y olivares, y sembradas de casitas blancas. Aquí, en una palabra, la bolsa; allí un idilio.

Un puente colgante, guirnalda de hierro sobre el río, unia las dos orillas. Hoy amigas, pero que coronadas ambas por dos castillos fronterizos, revelan aun las querrelas de otros tiempos.

De estos dos castillos, el de Tarascon está casi intacto, mientras que del otro solo queda una torrecilla que parece arrancada á una decoración teatral. Sola y completamente aislada, desde lo alto de la colina, donde se halla asentada esta torre, único resto del castillo vencido, parece que contempla lleno de ironía á su vencedor el de la opuesta orilla; y este, triste, como un soldado degradado, mira silencioso correr el Ródano. ¡ Pobre resto heroico!

Después de haber salido sano y salvo de tantas luchas gloriosas este gigante que Duqueselin no pudo destrozar, ha visto demoler una de sus torres para que sus piedras y su sitio sirvieran á una construcción ménos noble, á un matadero, si no me equivoco. ¡ Un matadero está pegado al palacio de René de Anjou! Pero démonos prisa á decir que esta profanación ha valido á su autor este nombre digno de Saturno: «devorador de murallas.»

Entretanto desembarcamos en Beaucaire,— porque las orillas de Tarascon aun están vírgenes;— á algunos pasos del Prado, que subrayo, para tranquilidad de mi conciencia, ya que el uso se permite á veces dar á las cosas el nombre que ménos les conviene.

Si el lector desea formarse una idea exacta del campo de esta famosa feria, que se dirige á su imaginación, y ella le ofrecerá un cuadro mejor que el que nosotros podemos trazarle. No se describe lo que es indescriptible. Cuando diga que hay mercaderes y mercaderías de todas las naciones, ¿ qué habré dicho de nuevo? ¿ que hay polvo para cegar á todo el mundo, sol para asarlo, ruido para ensordecerlo, qué probaré con esto?

Nosotros podríamos asegurar que se oyen allí gritos en todos los idiomas, que circulan ociosos de toda clase, y mujeres para todos los gustos; que se ven nabbas dudosos y rateros muy auténticos, y en las barracas, fenómenos muy problemáticos, ¿ pero, y qué con eso?

¿ Quiere Vd. dátiles? pues figúrese Vd. que aquellos gregüescos encarnados los han traído expresamente desde Túnez para venderlos. ¿ Fuma Vd? El ciudadano del turbante amarillo le probará á Vd. que trae las pipas de Smyrna ú Odessa. ¿ Detesta Vd. la música?— ya hay casos de ello,— ¡ bueno! lo desafío á Vd. á entrar en un café-concierto, y á salir sin compasión por las penas que sufre allí la infeliz.

¿ Qué diré pues? de todo se encuentra en Beaucaire, hasta el fastidio, que se apodera de uno después de una hora de inmersión en las olas abigarradas de aquella muchedumbre meridionalmente locuaz; fastidio que lo lleva á uno pronto al puente mencionado, para cruzar-

lo, siquiera para poner un río de por medio, quedándose á la otra orilla de aquella Babel de mercaderes. Esto es al menos lo que yo hice.

En Tarascon, por el contrario, no existe el peligro de verse envuelto por la muchedumbre. Esta ciudad, la misma que el *Nerlucum*, de que habla Strabon, es una verdadera curiosidad; es un problema digno de las meditaciones de la ciencia. Subprefectura destituida, ha conservado su tribunal; pero en este tribunal no hay abogados (están en Arles); hay fondas, en cuyas cocinas se toma el fresco; una iglesia gótica, revocada de cal; una biblioteca — con su bibliotecario — objetos de lujo, si jamás los hubo, porque el lector es un mito; un teatro, teatral dramática; cafés llenos de ociosos, donde el consumidor no se conoce; un camino de hierro, pero conociendo que no es su patria aquella capital del *statu quo*, el *rail-way* se ha encaramado en los arcos de un viaducto, como quien tomara zancos para atravesar un pantano.

Si se entra á la poblacion, no se halla mas que soledad; de cuando en cuando, sin embargo, pasan algunas gentes; alguna jóven bonita, vestida con el gracioso traje de las arlesianas, provoca con su mirada de fuego. De repente, al volver una esquina que desemboca en una plaza, causa sorpresa al hallar allí la multitud en expectativa.

Aplicando el oído, se pueden recoger por todas partes estas mismas palabras: «*La abuela va á venir*;» y antes que se advine quien es la respetable abuela de tan numerosa familia, un grito se oirá: «*Seguin!*; *Seguin!*» Un tropel de chicos haraposos aparecerá en el ángulo de la plaza, perseguido por un fantasma verde, armado de una alabarda roñosa. Es *Seguin*. Entónces se recuer-



Penitentes del Sur de Francia.

da que es el día 29 de julio, y que los de Tarascon celebran la fiesta de santa Marta, su patrona. Y de ahí inducirá uno, sin duda, que las observaciones anteriores pueden dejar de ser ciertas... solo hoy.

«En aquel tiempo, Marta, María y Magdalena, expulsadas de Bethania con su hermano Lázaro, fueron los cuatro entregados á la merced de las olas en una barca sin remos.

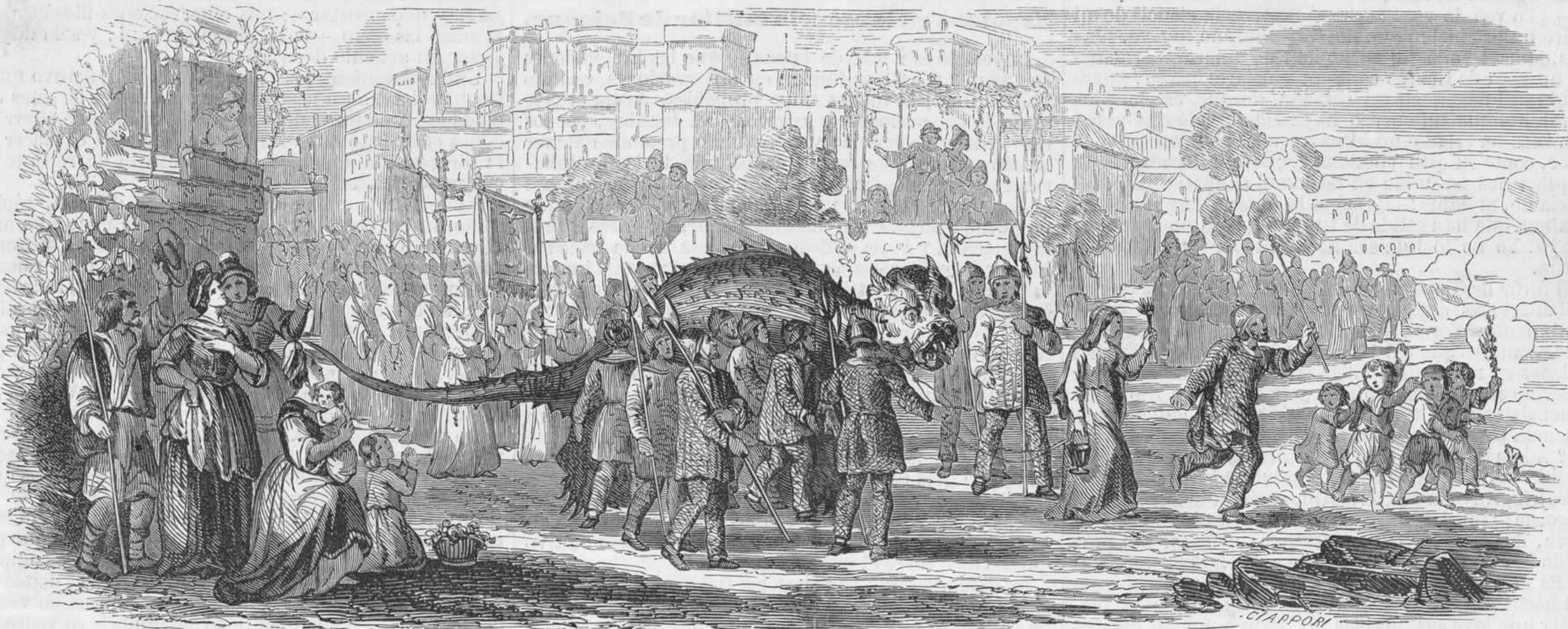
» El soplo de Dios los llevó á la costa de la Provenza.

«Un dragon monstruoso desolaba á la sazón las márgenes del Ródano. A instancias de los habitantes, Marta con una cruz en la mano, se dirige sola á su caverna; y poco despues, la multitud prosternada la ve volver, trayendo atada con su cinturón á la *Tarasca*, que mataron en seguida los mas animosos.»

Esta es la tradicion, que representa luego la procesion que vamos á ver pasar.

Y antes de todo, nos parece indispensable prevenir al lector, que la increíble descripcion que va á leer, es de una exactitud rigurosa, así como los grabados, copiados del natural. Dicho esto continuamos:

Despues del alto fantasma verde ya citado, vienen una quincena de otros seres no menos fantásticos ni menos verdes; estos son los matadores; pero por un anacronismo demasiado concienzudo para que tengamos el valor de notarlo, los dignos habitantes de Tarascon se preparan á matar al monstruo con sus alabardas, vestidos á la usanza del siglo XV. Este traje de lienzo pintado los hace semejar á enormes lagartos; los guardias campesntes, que se mezclan con ellos, completan la ilusion. Una jóven vestida como Marta, tira, con una cinta de seda, un simulacro del monstruo, de cuya obediencia responden doce hombres ocultos bajo su vasta



Acompañamiento de la procesion desde Santa Marta á Tarascon.

concha. De vez en cuando, á una señal de *Seguin*, con sus ojos de cristal injectados de sangre, quiero decir de bermellon, con su boca abierta, guarnecida de formidables dientes de palo, la *Tarasca* echa á andar á través de la multitud, que lanza gritos agudos; entónces la santa Marta hace como que aspergea á la fiera, y esta se amansa y pacifica... hasta nueva orden. Es ridículo... y horrible. Detrás viene el cortejo religioso, y así se recorre la poblacion.

No hace muchos años que las procesiones del mediodía de Francia poseían un elemento de curiosidad que les falta hoy. Aludimos á las numerosas cofradías de penitentes que ha disuelto el señor obispo de Marsella. Penitentes azules, verdes, colores, han desaparecido. ¿Porqué? Supóngase que lo ignoramos. —La maledicencia es un pecado. —Solo los penitentes blancos han quedado. Por lo demás, azul ó negro, blanco ó encarnado, verde ó gris, el traje es el mismo, y el gra-



El dragon se prosterna delante la estatua de santa Marta.

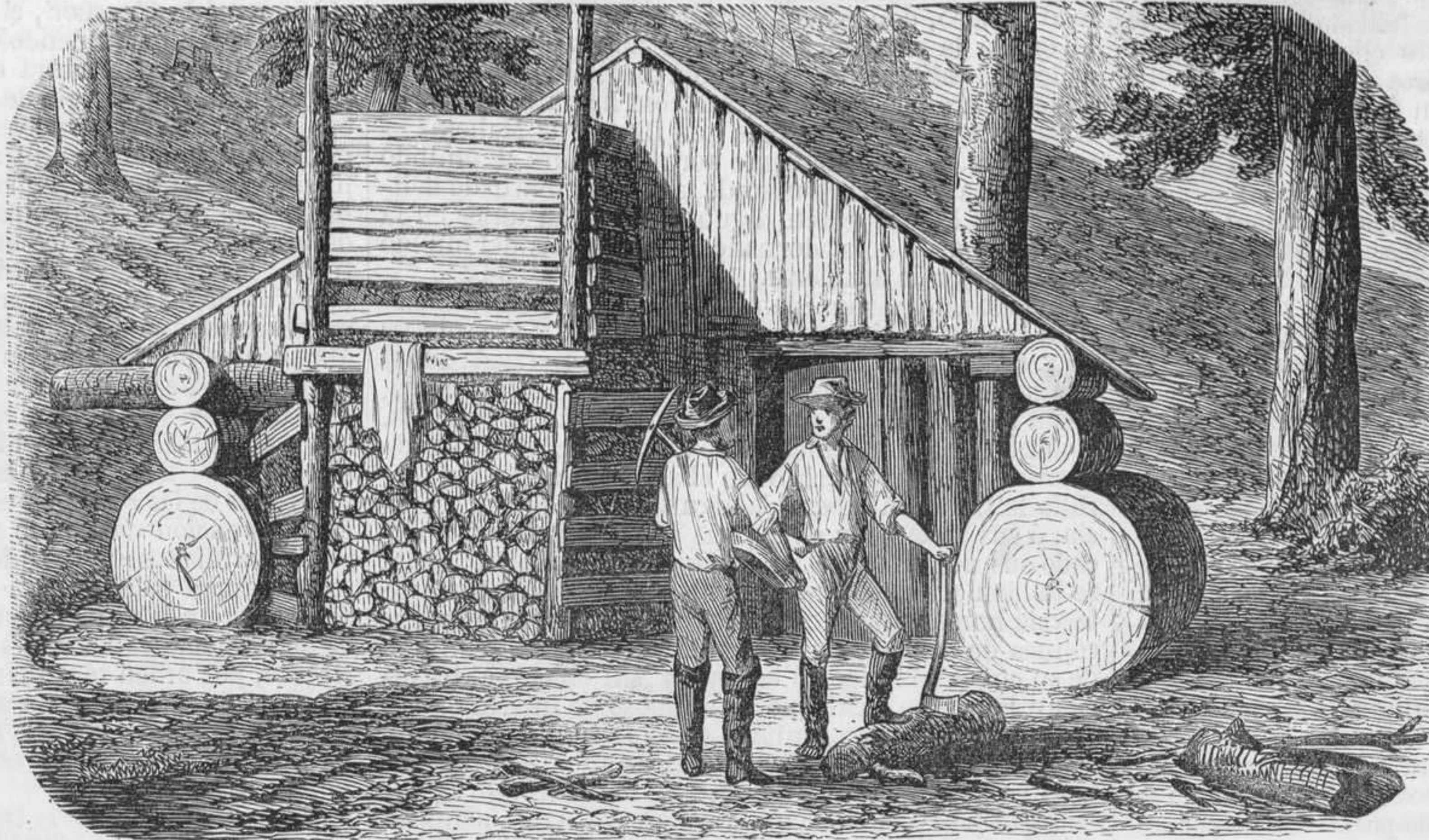
bado es exacto, cualquiera que sea el color con que lo ilumine la imaginacion del lector. — Prosigamos: antes de entrar en la catedral, — notable edificio de los siglos XI y XV, los penitentes blancos, que han llevado, con los pies descalzos, el busto de santa Marta, — y que se enorgullecen con tal honra, hasta el punto de contentarse con un salario de peseta y media, — se paran, y la *Tarasca* saluda, dando tres saltos gigantescos, la imagen de su vencedor. Extraño uso, cuya sencillez no carece de gracia, pero que seria grotesco, si pasara entre hotentotes.

Concluamos con un consejo. Que se guarde el lector de decir á los de Tarascon, que esta virgen abatiendo al monstruo, es el simbolo de la religion de Cristo domando al paganismo. Que no intente explicarles que la edad media hormiguea con alegorias análogas; sus interlocutores se reirán compasivamente... si no le rompen las costillas. Y el *pega*, pero *escucha* de Temistocles, es tan antiguo, que tal vez seria peligroso renovarlo.

Recuerdos de la California.

Los tres grabados que damos aquí están sacados del álbum de un joven americano, que acaba de ejercitar recientemente su talento en el dibujo en California. Si uno denota una civilización en progreso, los otros parece que nos trasportan á los tiempos mas primitivos, y no obstante, estos establecimientos han sido erigidos en épocas poco distantes, en aquel país extraordinario, destinado á ofrecer siempre los mas singulares contrastes.

Antes del ciudadano, demos la prioridad al hombre del campo, al que coge la cosecha de oro de primera mano, á aquel que es el astro principal al rededor del cual giran los comerciantes é industriales. A todo señor, todo honor.

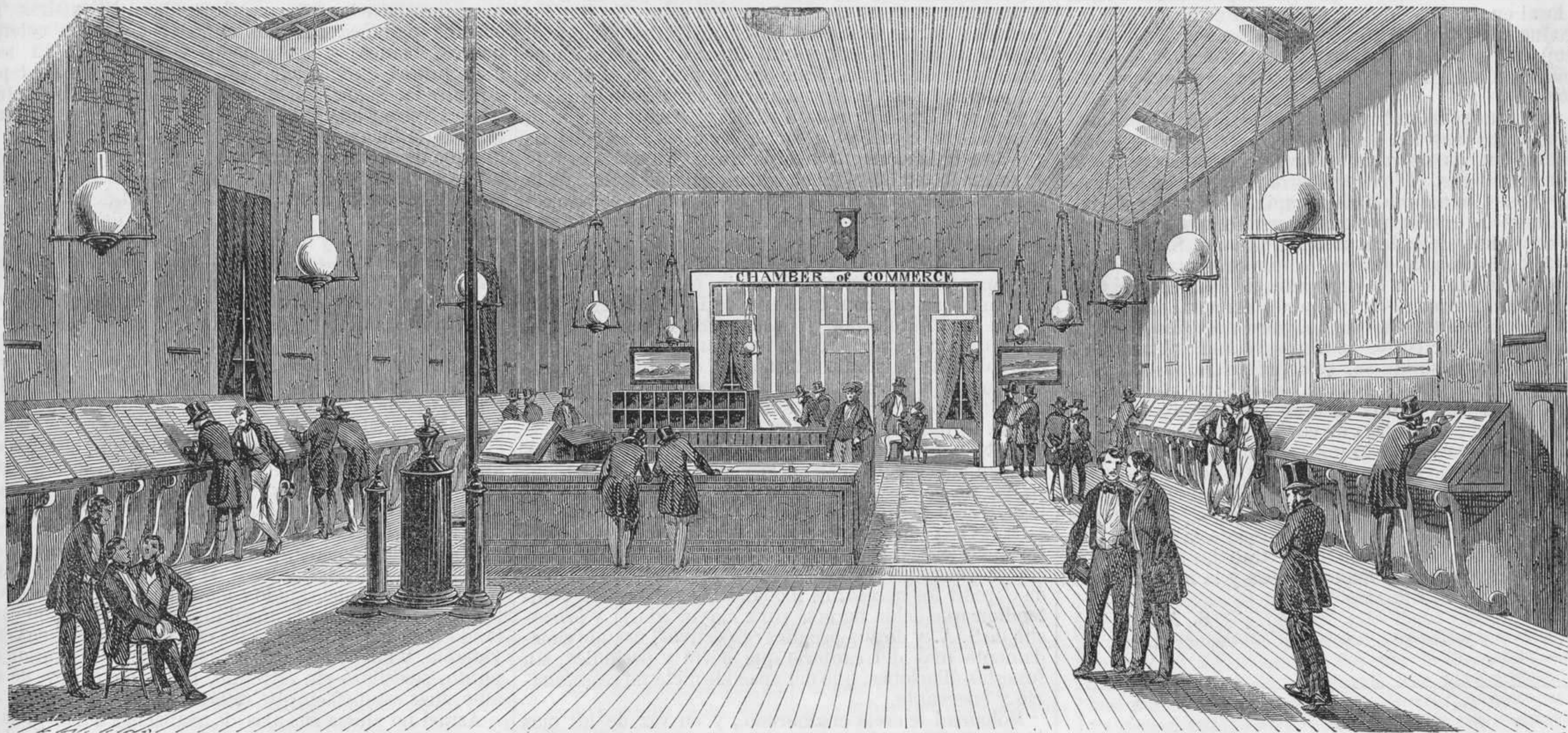


Vista exterior de una choza de mineros en California.

Aquí el frac negro es el que busca la preferencia del hombre de blusa, al paso que le ofrece sus servicios. ¡O poder del oro!

Las habitaciones de los mineros están construidas con materiales muy diversos: de tela, en las llanuras desarboladas; de tablas, ó de troncos de árboles, donde se halla este material. De esta clase es la que ofrecemos, y bastante espaciosa para una familia de cinco ó seis asociados. Todo se hace en la misma pieza, que sirve de comedor, salon y dormitorio, y aun de cocina y café en la estacion de las lluvias.

Cuando el cielo está sereno, sus proporciones son siempre bastante vastas; por la noche, para dormir, y el resto del tiempo, como almacén.



Lonja en San Francisco.

Durante el día, á ménos que se esté malo, los mineros están fuera, y esta tienda, escasamente cerrada, es un *sanctus sanctorum* para todo forastero que no se aventuraria á penetrar allí cuando los dueños están ausentes. Hay pena de muerte contra todo profano que se hallara dentro.

Mañana y tarde la vida es exterior. El mejor momento del minero es la hora del descanso, sobre todo cuando tiene un poco que comer, y un mucho que beber.

Estamos en una de esas épocas en que el modesto hornillo contiene todos los goces culinarios que prepara por turno el jefe del rancho de la pequeña colonia. El sábado por la noche es el momento interesante de la semana. Los trabajos cesan hasta el lunes. La observancia del domingo es rigurosa entre los americanos, y se ha comunicado á los extranjeros de todas las religio-



Vista interior de una choza de mineros en California.

nes, desde el indio idólatra, hasta el hijo del Celeste Imperio.

El sábado por la noche se hace la distribución del oro, encerrado cuidadosamente todos los días. Entónces se sabe el resultado de la semana, ya calculado poco mas ó ménos por los interesados. El contento, pues, ó el disgusto se limita á un círculo estrecho. Se ponen en primer lugar á parte los gastos de la semana, dirigiéndose en seguida á la poblacion mas cercana para hacer las nuevas provisiones.

En las minas es al revés que en las ciudades; los mineros pasan el domingo en ellas, los ciudadanos las abandonan por el campo. Saliendo todos con el mismo peculio, las pasiones ó necesidades facticias han cambiado á la vuelta las condiciones de igualdad.

Al emprender de nuevo sus trabajos el lunes, ¡cuán diferentes son de los del sábado por la no-

che! un nuevo reparto convendría á alguno de ellos... ¡pero va! con tal que se trabaje bien y con fruto, la cordialidad se conserva, y la felicidad brilla en la mayor parte de aquellas pobres chozas. ¿Cuántos he visto yo que, despues de restituirse al seno de la familia y de la comodidad, deploraban á veces aquella vida de emociones y escasez? ¡La recompensa tanto una libertad completa!...

La ciudad de San Francisco no tiene todavía bolsa. Muchos establecimientos han tomado este nombre para reunir á los comerciantes. Nosotros los hemos visto en todos los cuarteles, desde la plaza Mayor hasta la calle de California. La inestabilidad americana no ha concedido duracion á estas creaciones. La que damos con este artículo, á pesar de sus proporciones perfeccionadas, no hará mas que pasar como las otras. Esta bolsa no tiene mas legalidad que sus primogénitas, y la municipalidad no la reconoce, ni la defiende ni la sostiene. Al fin de su reinado se cambiará su distribucion interior, tan bien entendida hoy, y mañana se cantará donde se cotiza hoy el melote y el whiskey.

Una casa de moneda era muy necesaria, y el congreso de Washington ha destinado 209,000 dollars para su construccion. M. Curtis, inventor de los Estados Unidos ha rescindido el contrato celebrado con los fabricantes de moneda, Humbert y Moffat, y va á engrandecer el edificio actual de la esquina de *Commercial y Montadelfia*.

En San Francisco no se quiere quedar rezagado en nada. Así desaparecerá esa prodigiosa macedonia de monedas de todos los países que pasan sin excepcion, con tal que sean de oro ó plata, porque la calderilla no se admite. Así se logrará un signo representativo legal y local en un país en que, excepto el octógono que reproducimos, solo se veian piezas de cinco y diez dollars, acuñadas por un banquero ó ensayador mas ó ménos honrado, á quien sujetaban sus cofrades á la *escala movable*.

Antes que se refunda este octógono de 50 dollars, conviene hacer mencion de él por el papel que ha representado en las operaciones comerciales de la plaza. A falta de billetes, él los reemplaza. En casa de los banqueros se ven amontonados y apilados. Todos codician esta moneda gruesa que tiene curso forzoso, á pesar de los caprichos especulativos de la aduana. Sirven tambien como moneda de crédito que presenta el viajero en los criaderos con la esperanza de que el dueño no tenga cambios, como acontece alguna vez. ¡Los franceses les tienen mucha aficion, pero no todos llegan á esa unidad! A cuantos he oido exclamar: ¡Ya no soy legitimista, ni socialista, solo quiero ser *octogenista*! Esta moneda es buena para exportarla; no pierde nada en Nueva-York, y muy poco en Inglaterra y Francia, donde es á la vez objeto de curiosidad y recuerdo precioso. Su peso es de 84 gramas, á 900/1000, que es juntamente el título medio del oro en California y el de la moneda francesa. Su reverso es enteramente liso, y por eso no lo damos. El país está caracterizado en esta moneda; su volumen y peso representa la abundancia de la materia; en la economía de trabajos se puede conocer la carestía de la mano de obra y la infancia de la industria.

S. A.

El ruisenor del Harem.

Desde Stambul al paraiso. ¡Bendito sea el poderoso Alá que por vivienda lo ha dado á los predilectos hijos de Ismaél! Hasta esa abigarrada turba que obstruye sus bazares, llena sus cafés é inunda con sus kaiques y tartanas las apacibles ondas de su espléndido golfo, es feliz en medio de la estrechez de su forzosa esclavitud. Bástale consagrar algunos instantes, al ménos abrumados de los trabajos para ver siempre llena su taza de barro ó de porcelana de Nankin, y jamás vacía su larga pipa de cerezo. Por el mas leve servicio, las piastras y aun los cequíes pasan con la mayor facilidad de la cintura del absorto extranjero, á sus profundas bolsas de negra piel. El moka vigoroso, y el humo de la fragante yerba turca, aspirando con voluptuoso deleite por todo el resto del día bajo la fresca sombra de los plátanos y terebintos, resarcen ampliamente el momentáneo esfuerzo de su proverbial pereza. ¡Ay de los desheredados hijos del Septentrion con sus eternas brumas y abalanchas, su carne de animal inmundo, y el maldito veneno de la vida! Por Mahoma y su éjira, que Stambul es la perla del Oriente, y la grave raza osmanlí la mas afortunada del Universo-mundo.

Ciertamente que es una gran cosa vivir en un espléndido palacio, lleno de oro y perfumes, resplandeciente de luz y fresco, sin embargo como una enramada del valle de Kachemir en la hora en que las Pérís revolotean entre la tenue bruma de la encantada fuente de Chindarra. Rudos y atezados son los servidores que circundan al feliz mortal que por señor reconocen; brillantes armas centellean en su cintura; sus ojos lanzan rayos cuando la cólera hace temblar su labio de animal carnívoro, ¿pero qué importa? Ni sus manos de ébano manchan, ni sus gúrnias ofenden, ni su innata ferocidad les impide tender el cuello cuando un capricho del amo exige que se corte á cercen. La voluntad del que los compró á tanto por cabeza, es su única ley, su solo Dios, y sea cual fuere, instantáneamente la ejecutan,

porque oír es obedecer, y al que obedeciendo cae los brazos de rosa de las huris, lo levantan para trasportarlo al paraiso, donde á su vez Señor, goza eternamente, lo que á la muerte humana ni aun vislumbrarle es dado. Así está escrito en la tabla de las luces.

Verdaderamente es una gran cosa llamarse Moamad, creer que no hay mas Dios que Dios, que Mahoma es su profeta, y sosegadamente dormirse sobre el mullido musmud al son voluptuoso de la sirinda, harto de delicias, y en lo mas secreto de un Harem, tan único en la tierra, como él solo adornado por cada país del mundo con la mejor de sus flores.

Mohamad vivia en Stambul, la de los piés de mármol, la sultana siempre pura del Bósforo, y era soberano y califa de los buenos creyentes. Por la Cáada santa que así como sus visires le llamaban el mas grande, debía ser tambien el mas venturoso de los circuncisos, y aunque no constantemente, lo era en efecto. Cuando heredaba, con violencia ó sin ella, ó sus mudos del serrallo le traian la cabeza de algun bajá caido en desgracia, ó sus tártaros la de los que despues de haber ahorcado sus mudos con el cordon que les estaba destinado, se habian atrevido á resistir. Fuera de estos instantes se le veia horas y horas negligentemente reclinado en sus cojines de Bagdad, sin llevar siquiera á la boca el tubo de su enroscada pipa, ó errante y sin objeto, al través de un laberinto vastísimo y luminoso de interminables y solitarios salones, mudos como la tumba, hollando con igual desden desde las mas ricas alfombras de Turquía hasta las mas sencillas esteras del Cairo. En urnas de plata y peveteros de oro, ardian constantemente el alóe y el sándalo. Mengua del gas nazareno, aromáticas haces de antorchas de Thivet que braban en la hora de los misterios sus torrentes de luz sobre los limpios arabescos de las suntuosas bóvedas, transparentando el líquido tesoro de mil y mil fuentes, deslumbrador asombro de la mirada. Todo era en vano. Ni el lujo de sus infinitos peces le entretenia por su variedad espléndida y prodigiosa, ni los flexibles y perfumados hilos del comorin lograban atraerle hácia las aladas tribus que tan holgadamente aprisionaban. En valle erguía su satinado cuello el pichon azul, pájaro sagrado de la Meca, amenazando con su pico de ébano al del paraiso: arrogantes oropéndolas de la India, melodiosos zorzales del Indostan, aves sin fin de exquisita beldad y magnético canto, todo le sobraba. Sin duda es la riqueza un peso mas para el que solo tiene ojos para las incurables úlceras de su corazon. Pero no; decir que lo era para el del magnífico señor y califa, seria calumniarle. Ni en su cuerpo de hipopótamo habia una sola cicatriz, ni una sola gota de abinto en su alma de caiman. El granito concluye por abrir paso hasta sus entrañas al miserable hilo de agua que sin reposo le cae encima. A fuerza de uso de piedra, eran ya las imperiales pupilas para todo aquel orbe, tan suntuoso y único. Mientras el buen Mohamad vagaba á la ventura, ó se entretenia en dar de comer á sus cisnes negros en su fisco del lago, ó á su pantera de Ceilan, ó por pura fórmula pasaba revista á un nuevo cargamento de esclavas, ó ejercia finalmente cualquiera de sus imprescriptibles funciones soberanas, ya sus visires y favoritos cuidaban de expedir los necesarios firmanes, segun creian y entendian que debía hacerse para mayor gloria y provecho de S. A. y de sus peculios respectivos, usando cuerda de mas del cauterio que borra y perjudica, sin ventanas dilaciones, que del apacible dictamo reaccionario y enervante.

Mohamad se creia enamorado, y en vez de los ojos árabes de Kila, solo contemplaba cierta tarde en derredor de sí semblantes de hierro de la mas estúpida inmovilidad. ¿Qué era del ruisenor del Harem? Terminada la fiesta de las flores para la que marchó al campo, ya debía tenerla allí con su beldad de virgen kachemira, su voz de hada y su guzla de sándalo; ora magnetizándole con el fuego de su pupila negra; ora con sus cantares del Aduar, bien al frente de sus compañeras invadiendo todo como una banda de alegres golondrinas, ya sola, ya con su gacela favorita, pero siempre convirtiendo en un eden de predestinados las marmóreas crugias de su palacio de Stambul. Y esto sin habersele ocurrido nunca á la aérea Kila alentar en lo mas mínimo la formidable llama de su macizo señor. Robada de la encantadora isla de Wénar por el mas diestro de sus arraeces turcos, y puesta á su disposicion muy en breve, segun uso y costumbre, no solo se dignó encontrar muy de su gusto el presente, sino que fué tan allá en la recompensa, que hizo mayor merced á su esclavo de la que él se acertara á desear, aunque el perro del arraez lo fué en tal grado, que sin duda por ambicionar mas, se vió muy luego sin un cequí en la bolsa y con un muy hermoso cordon de seda, á guisa de corbata: mientras tanto ponía el jefe de los eunucos á los piés de Kila, de orden de S. A. el puñal de piedras preciosas, distintivo de las sultanas, escoltado y seguido de preseas y galas sin fin, que á tiro de venablo y desde el cabello al pié por favorita la proclamaban ante los mismos ojos de la Oda entera, de su ventura envidiosa. Pero Kila con el mas gracioso moín que puede imaginarse, rechazó con su pié de niña todas aquellas preciosidades, y guardó el puñal en su cintura, declarando luego á las barbas del estupefacto Mohamad que se lo clavaria sin vacilar con solo vislumbrarle en el rostro la mas leve intencion de acercarse á ella. S. A. en el primer arrebató de su mala bilis, y para manifestarla sin duda con quien se las habia, desnudó su cimarra de Damasco, y con no vista furia rompió unas cuantas lunas venecianas que valian un caudal, y varias otras bagatelas del Japon, de no menor precio. Desgra-

ciadamente acudieron al ruido sus esclavos mas próximos y ménos discretos, arrollando al paso al mas que rido enano de su señor, el cual dió reciamente contra las reales rodillas, tiñendo despues de la inocente sangre de su descalabradura el immaculado arminio de la imperial almalafa. Aquí de Alá y su profeta. El terrible enojado comenzó por volver las cosas á su antiguo ser, es decir, por guardar en su corva vaina de oro y marfil su preciosa virgen damasquina; despues para todos hubo. Con quinientos golpes de bambú en las plantas de los piés escaparon los mas retraidos de la temeraria turba: los del centro únicamente perdieron las orejas; ¡pero ay de los mas próximos á la real persona! Cabalgando en el agudísimo palo con sendas balas de cañon atadas á los piés, segun las leyes del equilibrio exigen, ni uno solo dejó de espirar suspendido como estandarte de bajá turco sobre los minaretes y cúpulas de la soberbia Stambul. En cuanto al enano, iba ya á ser despachado por el tigre mas hermoso y retozon que jamás pudo salir de las revueltas espesuras de Bengala, cuando la intervencion de Kila lo salvó arrancándolo á sus feroces guardianes. Con lo que ya mas sosegado el demente Mohamad salió de caza llevando atraillados delante de sí sus cien lebreles helenos de collar de oro y ligereza de antílope. ¿Y Kila? Desde entónces es la sultana del Harem, por orden terminante de su señor, que no perdona medio para hacerse amar del ruisenor del valle deleitoso, aunque un Dervis le ha predicho solo poseerá de ella sus gorjeos, y estos por unas cuantas lunas solamente.

Sin embargo las horas trascurren con ligereza, y la encantadora sultana parecia manifestar á la vista de su barbudo amante, sino mas hastío, por lo ménos mas impaciencia que de costumbre. Ni visires ni effendis pestañeaban. Los eunucos de todos colores negros, blancos y azafranados se la temian. El icoglan juraba en sus adentros, sin quitar ojo del tapiz de entrada. Solo el Tártaro adusto y el Albanés de pintoresca veste y ademan impávido, osaban mirar de frente la regia tormenta, tan formidable como el Sinum, y aunque de brios ménos robustos, suficientemente mortales, no obstante, para exterminarlos á todos con una rapidez muy parecida á la del tirano del desierto.

Afortunadamente el eunuco en jefe de los de S. A. compareció al fin y despues de las mil y mil zalemas y genuflexiones de uso, aguardó tendido á los piés de su amo á que este se dignara dirigirle su temida palabra. Dignóse en efecto, y Akuffa el etíope tuvo la honra de hacerle saber que la Oda entera, previo el ceremonial de costumbre, quedaba ya sin quebranto alguno á todo su talante y voluntad bajo los arabescos cerrojos de su imperial Harem, y lo que era cien veces infinitamente mejor, que la fantástica rosa de Kachemir, Kila, luz y gloria de aquel lugar terrible, no solo consentia en recibirle como á su señor y dueño, sino que llevaba su atrevimiento hasta suplicarle iluminase lo mas pronto posible el perfumado camarín de su esclava con los augustos rayos de su imponente resplandor. El señor de los augustos rayos y resplandores imponentes empezó por pensar que soñaba, y acabó por pedir mas amplios detalles al primer ministro de sus regios placeres. El buen Akuffa, concienzudo conocedor de su terreno, repitió su mensaje, sin la añadidura de una tilde; no bastando lo ordenó en respuestas con la precision mas envidiable, y cuando creyó suficientemente discutido el punto, se eclipsó sin estrépito, seguido en breve de su amo, mas estupefacto que nunca.

Azrael no pliega sus alas de azabache cuando deja á la entrada del puente fatal las ligeras almas de los hijos de Mahoma ó Alí. Para una que se hunda en el fuego, sabe que mil y mil serán infaliblemente recibidas por los ángeles blancos, terminada la prueba. Pero al conducir las de su raza maldita, ó Giaur, se detiene siempre, porque sus hermanos los ángeles negros no bastan á veces para colocar debidamente el inmenso Segin tan copiosa muchedumbre de réprobos. ¡Venturosos Muslimes! No conocen ni el rostro de la mujer agena ni el significado de la palabra prógimo. ¡Ay del fogoso Franco, conocedor de entrambas cosas! Olvidado por naturaleza, muy difícil le será acertar con la salvadora senda de la peligrosa puente, por mas que sus ardientes ojos hayan visto escrito mas de una vez en el divino libro: —No codiciarás la mujer de tu prógimo.— Bajo la égida protectora de su santa ley, penetra denodado el buen creyente en el Harem misterioso, y oír es obedecer, su imperio el solo acatado. ¡Ay! el ruisenor simpático de Mohamad era, una hermosa excepcion, y este no se atrevia á destrozar el árbol para saborear su fruto, dado que lo obtuviera sin lesion sensible de sus reales puños.

Guardias, mudos, eunucos y odaliscas, participaron muy en breve de la estupefaccion de su poderoso Sultán y Califa. Por la primera vez en su vida dió de mano á toda etiqueta. Ni al jefe de sus negros permitió anunciar su visita al Harem, ni al de sus eunucos blancos que respetuosamente alzase el primer tapiz exterior. S. A. tuvo á bien atropellarlo todo, hasta posesionarse de uno de sus mil y quinientos divanes de Persia, incrustado de piedras preciosas, teniendo muy buen cuidado de amenazar ántes con la mas feroz de sus indignaciones al temerario que osase bajo cualquier pretexto ponerse delante mientras que con su esclava departia. Esta guardó reposadamente su diminuta jaula de oro, y nácar su colibrí mas querido, y tendiendo despues á su amo un pequeño ramillete de enanas rosas y violetas azules de Alejandria. —Toma, le dijo con su voz fresca y armoniosa; cada pétalo ha servido de lecho á una Pirí en las últimas horas de la luna postrera. Tu

esclava no tiene otro don que ofrecerte. — Mohamad tomó las flores, las llevó á sus labios, y no ocurriéndosele por lo pronto contestacion oportuna, se entregó á sus reflexiones, sin apartar sus reales narices del perfumado presente.

Kila, sin curarse mas de él, tomó su gulza de sándalo, tocó y cantó como las hadas del valle feliz hasta que cierto sonido extraño, lleno, sonoro, y discordante vino á anunciarla, sobreponiéndose á sus melodiosos ecos, que por aquella vez todo estaba ya dicho. El gran jefe de los creyentes dormía pegado á sus flores con mas decision y estrepito que el último de los remeros de sus dorados kaikes.

Entónces la dulce niña dejó caer su gulza sobre la sedosa alcatifa, se acercó al ilustre dormido, y principian-do por tirar ligeramente de su almafa, concluyó por sacudirle en todas direcciones, con mas vigor que reverencia. Todo era inútil: Mohamad continuaba en el paraíso ni mas ni ménos que si hubiera previamente paladeado el Haschid maravilloso de Avengor. Kila tembló de júbilo, despues batió palmas y saltó y corrió como una loca sin cesar de repetir: — No me ha engañado, no. ¡ Bendito sea por los ángeles buenos el sabio Dervir, que me vendió esas plantas libertadoras! Duerme, tirano, duerme, y quiera Alá no despiertes hasta que Nafir me ciña la corona de los desposados bajo los sícómosos de Kenar. — Y diciendo y haciendo asió de un magueado cofrecillo, se envolvió en su velo, y arrancando el ramillete de las calenturientas manos del sublime Señor, desapareció como un pájaro de su dorada cárcel.

¿Y despues? — Lo que sucede siempre en tales casos. Llegó sana y salva á los brazos de su amante, que en la desierta calle la aguardaba dándose ya á todos los diablos, como era natural, y

Allá están en Kachemir,
Felices como ninguno,
Nuestra Kila y su Nafir.—

— ¿Pero cómo llegó? No digo tan léjos, sino á la calle, á esa calle sin gente donde el otro la esperaba, sin duda con muy buenas razones para hacerlo... — Mas que suficientes me parecen las de ser su amante desde la infancia, haberla seguido sin mas equipaje que su fiel kanjiar á un lado de su cintura, y una bolsa de diamantes al otro hasta la misma Stambul, donde á fuerza de valor, paciencia y malos ratos logró sobornar á este, infundir miedo al de mas allá, y avanzando hoy una línea y mañana diez, salir por último con su empresa adelante, á despecho y pesar de cuantos malandrines se la estorbaban. En cuanto á la fácil y tan feliz huida de la ex-sultana, nada mas natural. Poseia... — ¡ Ah! sí; ya caigo. El encantado anillo de Salomon. Aquel señor Dervir que la vendió las flores narcotizadas se lo prestó sin duda por momentos, y siendo así, como no puede ménos, no hay por que cansarnos... — Todo sobraba á existir el tal anillo. — Entónces no comprendo. — Pues no es difícil. El Sultán en cuestion llevaba el suyo, y siendo conocido el sello imperial desde el primer visir hasta el último esclavo del género neutro, y habiendo tenido la doncella muy buen cuidado de llevárselo, he aquí como pudo llegar sin tropiezo, no solo á la calle, sino hasta la adusta presencia del primer araez de uno de los veleros de S. A., obligarle á zarpar y hacerle poner la proa, mal que le pesase, no digo hácia Kenar la encantadora, como la puso, sino hácia donde mas su voluntad le viniera. — Pero no se dice de otro modo; cualquiera echará de ménos en esta historia... — Permítame Vd., no es historia; es un simple cuadro. — Pero, sea lo que quiera, yo creo que... — Amigo mio, dejémosnos de peros; ¿disgusta á Vd. mi obra? Pues pase Vd. su inteligente esponja sobre el malhadado lienzo, llénelo Vd. de nuevo, tomando mejor que yo sus medidas, tráigamele Vd. cuando ya nada falte, y por todos los millones de alas del ángel Legion, le juro que oirán maravillas sobre su trabajo cuantos effendis turcos ó nazarenos á mi opinion se remitan. —

JUAN DE SALDUBA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Que trata de dónde se debe ir para hallar al hombre elegante. — De cómo debe entenderse el traje de fantasía. — El rey de los patos. — Un buen hombre y sus dos hijos. — Alfonso Karr y sus peces fritos. — Porque una articulista de modas conoce la elegancia como es debido. — Los leones sin melenas. — El peinado querubin. — Consejo á un novio sobre los trajes de caza. — Descripción y análisis del figurin de modas masculinas.

La elegancia está de viaje, y para hallar al hombre á la moda, no hay mas remedio que echar á andar á los baños de Baden, de Spa, de Vichy, de los Pirineos, ó á los puertos marítimos. Para todas excursiones, el traje de fantasía es preferido al traje severo.

El frac negro y la levitilla azul de Francia, siguen llevándose para visitas de paseo. En cuanto al fraquecillo ligero, es lo mas bonito que puede darse para andar por las cuevas y por los bosques, así como para todo paseo matutino.

Pero es preciso que este fraquecillo vaya de acuerdo con el chaleco y el pantalon, á fin de que este negligé sea distinguido y elegante. Un hombre que se pone una pieza de cada color parece un aldeano que se viste para darse tono los domingos.

En la actualidad, ya no se piensa en las carreras de caballos; al gente se baña, y lo que es peor, hay muchos que se ahogan.

A propósito de baños y de natacion, he aquí una anecdota muy graciosa que he oido contar la otra noche en uno de los salones mas afamados de Paris, y que yo pongo aquí como historia fidedigna.

Alfonso Karr, un escritor de merecida nombradía, se hallaba en los baños Deligny con su Pilades inseparable Leon Gatayes. Un caballero de unos cincuenta años, grueso como hombre que vive de sus rentas, y provisto de un par de anteojos, entra acompañado de dos colegiales. Era un juéves, dia de holganza para los dos jóvenes, á quienes sin duda el buen padre de familias habia prometido enseñarles una escuela de natacion. El espectáculo era probablemente tan nuevo para el padre como para los hijos. El pobre hombre, interrogado á cada instante por sus chicos, respondia de cualquier modo para salir del paso, porque es cosa convenida, desde muy antaño que un padre no debe jamás ignorar nada, pero en su interior estaba tan admirado de lo que veia como los dos párvulos.

Pero es el caso, que ni el papá ni los colegiales habian escapado á la mirada cáustica de Alfonso Karr, quien se propuso divertirse con el candor de aquel trio exótico.

Aproxímase, pues, al papá, le llama la atencion poniéndose á dar voces de repente, y cuando conoce que lo han notado, se arroja de cabeza, y desaparece en el agua.

— Ese lo entiende, dijo el padre al mayor de sus hijos.
— Ya lo creo, dijo Gatayes, que respondió como si le hubieran hecho á él la observacion.

El papá se volvió, y preguntó al punto:
— ¿Con qué es tan buen nadador?
— ¡ Es el rey de los patos! (1) ¡ Es Alfonso Karr!

— Muy bien, respondió nuestro hombre que no le conocia.
Desde aquel instante, el padre y los dos hijos se deshacian por ver aquella celebridad acuática que acababa de desaparecer, pero que no podia tardar en volver á presentarse sobre el agua. El papá sacó su reloj, porque queria saber cuanto tiempo podria contener su respiracion aquel hombre extraordinario.

Pasaron cinco minutos.
— ¡ Diab! exclamó, mucho es eso; no quisiera yo verme obligado á hacer otro tanto.

Tres, cuatro, seis minutos mas se pasaron, sin que Alfonso Karr asomara las narices.

Por fin se pasó el cuarto de hora; el papá estaba estupefacto.

— Caballero, caballero, dijo á Gatayes, que miraba al agua con ojos distraidos, ¿ estais bien seguro de la destreza de vuestro amigo?

— ¡ Cómo, si lo estoy! no temais nada; todavía no está concluido; ¿ teneis prisa?

— No por cierto, yo cómo á las cinco; media hora para volver á casa, de modo que hasta las cuatro y media estoy libre.

— Pues entónces paciencia, y no hay que perder el agua de vista.

— ¿ Pero qué puede estar haciendo tanto tiempo en el agua?

— Está pescando.
— ¿ Y muerden los peces en el anzuelo?

— Hay peces muy tontos que muerden siempre, repuso el irónico Gatayes, echando al cándido padre de familias una mirada que no fué comprendida.

Tres cuartos de hora se pasaron, de modo que Alfonso Karr habia tenido tiempo de pescar su comida.

Al dar las cuatro, el agua se agita, y aparece la cabeza de Alfonso Karr dando resoplidos como una ballena.

— ¡ Papá, papá, ahí está! exclamaron los hijos.
El novelista nadaba hácia la verja con una sangre fria imperturbable, y bien luego llegó junto al grupo.

— ¡ Eso es maravilloso, es prodigioso! exclamó el papá; cerca de una hora dentro del agua, ¡ y volver con una cesta llena de peces!

¡ Y el pobre hombre contaba por la noche á todo el mundo lo que habia visto!

El lector conocerá muy bien que Alfonso Karr no habia estado todo ese tiempo en el fondo del Sena. Habíase deslizado rápidamente hasta el otro lado de los tablones del baño, y de allí habia vuelto á subir á la superficie, invisible siempre. Una vez en tierra, se fué á comprar unas cuantas libras de peces, y se volvió por el mismo camino, apareciéndose por el sitio por donde habia entrado, con gran sorpresa del papá y de sus dos hijos.

Mis lectores me perdonarán esta pequeña digresion, sobre todo si les ha divertido.

Ahora vuelvo á mis pantalones. Y sin embargo, no los gasto; si entiendo algo en trajes masculinos, es porque conozco la fuente del buen gusto industrial, y de la verdadera elegancia.

No viene un solo caballero á hacerme una visita, sin que no le someta yo al exámen mas rigoroso. — ¿ Cómo se llama el corte de ese frac? — ¿ De qué forma es ese sombrero? — ¿ De qué tela es ese pantalon? — En una palabra, corbata, camisa, baston, guantes y botas, cada cosa una pregunta. Cuando estoy bien enterada de todo esto, conozco al hombre de mundo á la primera ojeada.

La otra tarde, un elegante en sus principios entra en mi sala. Llevaba una raya en medio de la cabeza, como un querubin de los que se ven en los retablos. Yo me eché á reir viendo aquel peinado pretencioso y ridiculo.

— Señora mia, me dijo, esta es la moda. Los elegantés del dia no se peinan de otro modo.

— Ya sé que los elegantés de los bailes públicos y de los paseos se ponen la rayita en medio; no os falta mas que un corpiño y una falda; ¿ quereis que os dé las señas de mi modista?

— ¡ Qué buen epigrama!

— No tal; pero esas levitas son casi unas enaguas, y sin los pantalones, vive Dios que no pareceriais otra cosa sino mujeres. Nada, los papeles se han cambiado completamente. Los hombres se visten á la moda femenina, y nosotras llevamos cha-

— (1) En francés *canards*. Llámense así tambien los cuentos y mentiras de los periódicos.

quetilla con solapas y bocamangas, el sombrerito al lado, y botas de becerro ligero con espuelas de oro.

— Entónces, señora mia, si tratais de convertirme, seria mejor que en lugar de satirizar á los hombres, tuvierais la bondad de señalarme las maravillas de la moda masculina, para seguir las al pié de la letra.

— Pues bien, querido novicio, hablemos de caza.

Un traje de caza es siempre muy difícil de hacer. Antiguamente se usaba para esto la pana, pero esta tela es muy áspera y muy poco bonita. En el dia se lleva la piel estampada, nueva tela de una flexibilidad y suavidad admirables. La piel estampada es sumamente fantástica y caprichosa, y se presta á todas las disposiciones.

He aquí el conjunto de un traje de caza para un hombre elegante y bien hecho. El calzon es siempre de rigor, bien ajustado á las rodillas, y mucho mas ancho por las caderas. En cuanto al chaleco, se hace con largas faldetas, y á veces lleva hasta siete bolsillos abotonados de arriba á abajo.

Los cazadores de elevada alcurnia visten regularmente de paño; los colores no varian, y son siempre el verde, el oscuro y el avellana. El cuello y las bocamangas difieren en color, y se ponen á menudo de color de amaranto ó rojo sobre el verde, azul de Francia sobre el oscuro, y color de cereza en el avellana.

Cuando hay galon, se ribetea con él todas las extremidades, y en lugar del bolsillo *Bourgogne*, se ven anchas carteras pegadas en las costuras. Además, querido discípulo, aquí está mi figurin, que os suplico analiceis en todos sus detalles, lo que os será muy útil para el caso.

El primer personaje es un hombre de treinta años. Su traje se compone de un frac á la francesa de paño ceniciento, pespunteado todo al rededor, con cuello y solapas cubiertas de muaré de seda. Se puede abotonar, y para ello se pone una hilera de cuatro botones de metal bronceado. Faldones muy anchos, forrados de raso.

El chaleco es de los llamados *bayadère*. Pantalon de hilo blanco, sin trabillas, corto y cayendo recto sobre el pié. Medias *chínés*, color de rosa; zapatos de charol muy bajos, corbata de á muaré color de cereza; guantes de color de paja, y junco de China con puño de oro.

Viene despues un jóven de veinticinco á treinta años vestido de negligé, para campo. Lleva un pequeño paletot-levita de elasticotina mezclilla, forrado de seda con los delanteros cortos y ribeteado todo al rededor con un galon de seda estrecho; mangas anchas sin bocamangas; un bolsillo á través de la falda, abierto horizontalmente al alcance de la mano, otro mas pequeño para el dinero dispuesto á la derecha, cerca del último boton, y cubierto con una redonda, y por último, otro bolsillo de pecho en el delantero izquierdo para los cigarros.

El chaleco, que se ve poco, es de piqué labrado con chal subido. Pantalon de hilo, de los que llaman de *coracero*, por las anchas bandas impresas que llevan de una anchura ordinaria, y trabillas.

El niño de 15 años que viene despues lleva un pequeño paletot-jaqueta, de cotí camelote de hilo, desprovisto de forros interiores, lo que unido al buen gusto, al tipo esencialmente gracioso que caracteriza el conjunto, produce el efecto mas bonito y ligero que puede desearse para un traje de niño. Por delante figura una sola hilera de botones, y las mangas, aunque anchas, no llevan bocamangas. Estos jovencitos llevan chalecos á chal largos por abajo. En cuanto al pantalon de cuadrillos cenicientos y negros, es ancho por el muslo y semi-ajustado por el pié. Gorrita de valencias, forma *jockey*; corbata muy ligera y cuello caído.

El trajecito escocés que cierra nuestros nuevos modelos, se ve sobre un niño de cuatro á seis años; la chaquetilla es de cachemira negra, y no va ajustada, sino que cae recta, y baja hasta los riñones; mangas *guardia francesa*; bocamangas abiertas hasta el codo; faldon cuadrado, corto y con pliegues al rededor; con el mismo galon de hilo se ribetea la chaquetilla y el faldon; encima de este, en medio del delantero, hay un bordado que reemplaza las pieles. No hay chaleco, y solo se ve un pantalon fruncido. Medias de fantasia, botitas, sombrero de fieltro, bajo de forma, y adornado con un ancho galon, formando lazo sobre el delantero.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

Cristina.

La linda Cristina sirve en la casa del rey y brilla como una estrella entre las demas jóvenes.

Brilla como una estrella entre las demás jóvenes, y el rey le dice:

— Escucha, hermosa Cristina, ¿quieres ser mia? Te daré un caballo gris y una silla de oro.

— Un caballo gris y una silla de oro no me convienen. Haced este regalo á nuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

— Mira, hermosa Cristina, ¿quieres ser mia? Te daré mi corona de oro.

— Vuestra corona de oro no me conviene; dádsela á vuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

— Mira, hermosa Cristina, ¿quieres ser mia? Te daré la mitad de mi reino.

— La mitad de vuestro reino no me conviene; dádselo á vuestra jóven reina, y dejadme que me retire con mi honor.

— Cristina, si no quieres ser mia, haré que te metan en un barril lleno de pinchos de hierro.

— Si me haceis meter en un barril lleno de pinchos de hierro, los ángeles de Dios verán que soy inocente.

Las obras del Louvre.

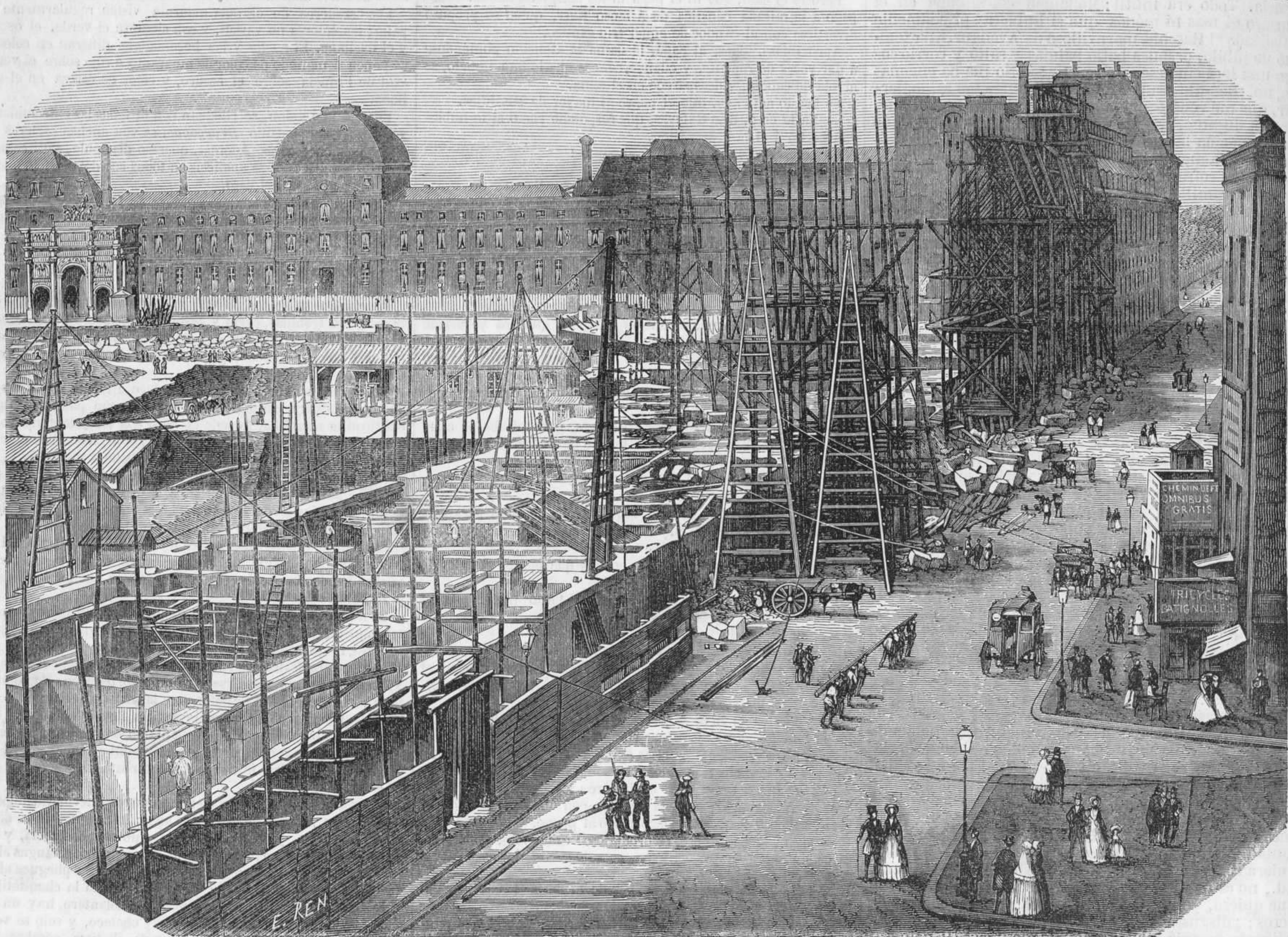
«Un año hace, que se puso la primera piedra de las construcciones monumentales ejecutadas por orden del Emperador, para realizar el pensamiento de reunir el Louvre con las Tullerías. El 25 de julio á las nueve de la mañana, el cura de S. Germain l'Auxerrois, en presencia del ministro de Estado, se acercaba á la primera piedra, colocada en el ángulo de la fachada que da á la calle de Rivoli, é imploraba la bendición del cielo para esta obra, real y popular á la vez, cuya conclusion ha sido deseada siglos hace; en seguida se cerró y selló la caja, volviendo á cubrir la piedra con las solemnidades de costumbre.

Para conseguir la union de los dos palacios ha sido preciso vencer dificultades que parecian insuperables. La mayor, sin disputa, es la diferencia de nivel que

existe entre una mitad de la galería de la orilla del rio, cuya construcción se remonta á Enrique II, y el ala paralela que se levanta en la calle de Rivoli. Esta calle está casi al nivel del pavimento del Louvre. No se podia, pues, sin ofender la vista y el buen sentido, poner frente á frente dos fachadas simétricas y paralelas, de las cuales, tuviera la una su base á dos varas y media mas alta que la otra. Estas dificultades desaparecen, merced á las dos líneas de construcciones que terminan mas acá del postigo Matignon y la calle de Rohan, uniéndose á las dos grandes galerías por muros de fachada sobre la plaza del Carrousel. Conservar á esta plaza una extension proporcionada á la grandeza de los edificios que la rodean; nivelarla sin enterrar, á pesar de la inferioridad del suelo, los basamentos de la parte de la galería me-

ridional, mas próxima al Louvre; completar el museo con vastas salas destinadas á las exposiciones de pintura y escultura modernas; encerrar en el mismo recinto tres ministerios, el telégrafo y la imprenta nacional; disimular el defecto de paralelismo del pabellon del reloj y el opuesto; poner, en fin, las nuevas construcciones en armonía con la arquitectura del Louvre y la de las Tullerías, y tomar de los dos palacios lo mas elegante y exquisito que tienen, lo que ha causado en todo tiempo la admiracion de los artistas, tal es el problema felizmente resuelto por el proyecto adoptado.

Nunca ha habido un programa mas exactamente cumplido, ni promesas mas fielmente ejecutadas. La actividad impresa á estos trabajos es prodigiosa. Cuando se recuerda que en otros tiempos, en este mismo Lou-



vre y en las Tullerías, bajo la dominacion de poderosos monarcas, en épocas de prosperidad y de calma, las zanjias estaban abiertas durante cuartos de siglo, los andamios levantados, las obras suspendidas; que se necesitaban años para desocupar un patio, reparar una fachada, discutir un plano cien veces adoptado y abandonado, no es posible admirar con exceso la firmeza y la prontitud con que se dirigen los nuevos trabajos. No se pasa un dia sin que la administracion que tiene á su cargo la direccion de las obras del Louvre, tenga que conferenciar con su arquitecto, M. Visconti, sea para discutir las condiciones de una adjudicacion nueva, sea para resolver alguna dificultad de detalle, sea para arreglar las cuentas de los numerosos empresarios, que, segun la forma propuesta por la comision interventora, reciben inmediatamente el pago de los trabajos hechos. Bajo esta enérgica direccion, el celo ilustrado, la experiencia y el talento del arquitecto, el ardor de los obre-

ros, estimulado con frecuencia por la presencia y las benévolas muestras de interés del Emperador, triunfan de todos los obstáculos. Júzguese por una rápida ojeada de las obras. Ha sido menester hacer profundas excavaciones, echar los cimientos, construir los subterráneos, y ya el ala de la calle de Rivoli se eleva por término medio mas de seis varas sobre el nivel del suelo; ya las arcadas que hacen frente á la calle de Rohan están cubiertas. Dos mil obreros trabajan allí, y el primer postigo estará pronto transitable, facilitando la circulacion, hoy tan embarazada.

Las excavaciones del ala izquierda, que debe guarnecer la plaza del Carrousel y la de Napoleon III, están igualmente terminadas. Lo propio sucede con los cimientos y basamentos á la altura del suelo de la plaza de Napoleon III, y los muros paralelos á la galería del Louvre.

Ya están pedidos los hierros para los pavimentos, y

todo hace creer que á fines de esta primera campaña las construcciones del lado de la calle de Rivoli estarán levantadas sobre el primer piso, y la parte que hace frente á la calle de Rohan, lo estará hasta el remate. El ala derecha estará á flor de tierra, y la izquierda á la altura del basamento sobre la plaza de Napoleon III.

Para dar una idea de la importancia de los trabajos ejecutados en este primer año, bastará citar algunos números. Así, por ejemplo, se han empleado hasta hoy 20,300 metros de argamasa, 30,540 metros cúbicos de piedras de toda clase, y el número de los jornales sube á 187,812. El gasto total no llega todavía á 4 millones de francos.

Hay aniversarios que no se podrian olvidar sin ingratitud. Tal es el de la colocacion de la primera piedra de las obras del Louvre; él marca, en la vida de un gran pueblo, una nueva fecha de prosperidad y de gloria.»

(Monitor francés.)

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 45 " "	— el PARAGUAY, VALPÁRAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 30	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANA.....	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 " "	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.